



NEGRA MADRUGADA

Curtis Garland

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

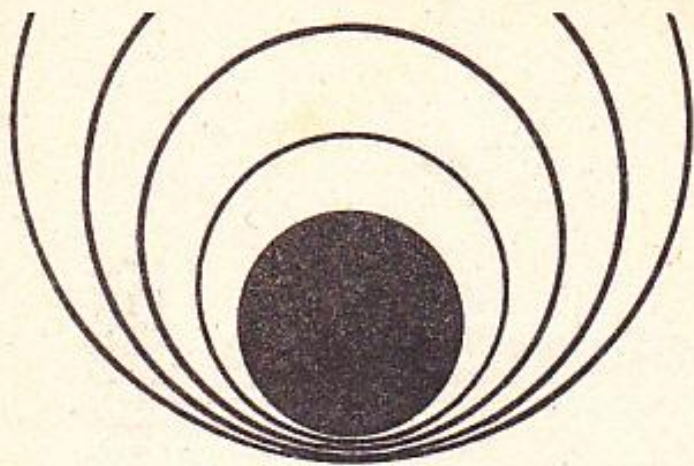




NEGRA MADRUGADA

Curtis Garland





PUNTO ROJO





CURTIS GARLAND

NEGRA MADRUGADA

Colección PUNTO ROJO n.º 918

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES • CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.500. — Los tentáculos del terror mundial.

En Colección PUNTO ROJO:

910. — Un sucio detective.

En Colección LA HUELLA:

134—Pasaje sin salida.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 29.872 • 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1979

© Curtis Garland • 1979

texto

© Miguel García - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S A Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Creía estar soñando cuando pisé Lincoln Avenue, a la altura de Fisherman Street.

Pero esta vez era realidad. Esta vez no soñaba, como en tantas ocasiones durante los tres últimos años. Estaba realmente en Lincoln Avenue, en el corazón mismo de River City (1). En un lugar que me había parecido tan lejano en los últimos tiempos como la propia Luna.

(1) Como irá observando el lector a lo largo del relato, la acción está situada en River City, una ciudad industrial del Este americano, totalmente imaginaria, pero que podría ser cualquier otra ciudad real. Que quizá sea como todas.

Sin embargo, allí estaba ahora. Como en los viejos tiempos.

Miré a mi alrededor, apoyándome en una farola del alumbrado que iluminaba unos *affiches* de una película recién estrenada sin duda, puesto que su nombre nada dijo para mí: *Lady from Shanghai*. Ponderé el rostro gordinflón de Orson Welles y las esculturales piernas de Rita Hayworth (2). Más allá, un cinematógrafo, el *Variety*, exhibía otro título que me era totalmente desconocido: *Key Largo*, con Humphrey Bogart y Edward G. Robinson. Me prometí ver las dos lo antes posible.

(2) Los datos de ambiente sitúan exactamente la situación de la novela en 1948, año en que las dos películas aquí citadas se estrenaron en los Estados Unidos. Es, por tanto, la época y ambiente de la clásica «novela negra»

de los cuarenta, y su héroe tiene mucho del antihéroe por excelencia de aquel momento, como irá viendo el lector a lo largo del relato. (N. del E.)

Me gustaron siempre bastante las películas de acción, eso que se ha dado en llamar

«películas de la serie B» o «cine negro». Tal vez porque mi vida tiene mucho de todo ello.

Caminé por la amplia acera, bajo las luces, con las manos en los bolsillos. Salía música de algunos bares y locales nocturnos. Identifiqué borrosamente algunas melodías de Perry Como, de Dinah Shore y de Sinatra. Creo que incluso llegué a tararear alguna entre dientes, mientras contemplaba los escaparates iluminados, los

parpadeos luminosos de diversos colores y el paso de los automóviles de brillante carrocería, cuyo diseño y esté-

tica habían cambiado bastante en aquellos cinco años.

Cinco años.

Es poco tiempo para vivirlo. Demasiado para pasarlo entre rejas.

Sacudí la cabeza. Me había jurado a mí mismo no volver a pensar en todo aquello.

Claro que también me había hecho la promesa formal de no volver jamás a River City cuando estuviese fuera de la penitenciaría del Estado.

Y, sin embargo, allí estaba ahora.

En Lincoln Avenue, cerca de Fisherman Street, a poca distancia de los docks del sucio río.

Me detuve ante el *Tropicana*. Continuaba en el mismo sitio. Tenía ligeramente reformado su aspecto, pero estaba seguro que continuaría igual en su interior. Siempre había sido así: un club nocturno lleno de chicas fáciles, con las que uno bailaba primero, pagaba la consumición a elevado precio, y luego se iba a la cama con ellas. Estuve siempre seguro de que el empresario del local también llevaba parte en esa segunda etapa de la cuestión. Era sólo una sospecha, pero también en el fondo una convicción.

Pasé de largo. A pesar de mi larga abstinencia en el terreno sexual, allá en la celda de la prisión, no eran chicas fáciles ni música barata lo que había ido a buscar cuando regresé a River City. No precisamente eso, desde luego.

El *Tropicana* se quedó atrás, con sus parpadeos verdes y amarillos como las plumas de un papagayo, y crucé la calle, para aproximarme a otro club nocturno. Este sí me interesaba más. Mucho más.

Era el *Blue Sky*. Un nombre demasiado romántico para un lugar como aquél (1). Me quedé mirando su fachada. «Este negocio sí que había cambiado», me dije. Grandes luminosos, puerta con toldo y portero de librea, muro revocado, alfombra hasta el bordillo... Parecía de verdadero lujo.

(1) Blue Sky: Cielo Azul, en inglés.

Cinco años antes no es que estuviera mal, pero no era esto. Sin duda alguna, alguien tenía suficiente dinero como para hacer cambios así, a pesar de la difícil época de la postguerra. No sé por qué, pensé que doscientos cincuenta mil dólares podían ser suficientes para un arreglo así, y para mucho más.

Doscientos cincuenta mil dólares.

No, no quería pensar en eso. Pero una cosa es lo que uno quiere, y otra muy distinta lo que uno hace, contra su propia voluntad. No era fácil controlar mis pensamientos. Sobre todo, ese pensamiento.

Con mis ropas actuales, no podía entrar en el *Blue Sky*. Aquel portero majestuoso me hubiera arrojado de allí a puntapiés. Y por debajo de su librea, parecía tener los músculos suficientes para hacerlo.

Pasé de largo, mientras un automóvil azul, un Chevrolet de lujo, se detenía ante el club. Descendieron de él dos hombres y dos mujeres. Iban de *smoking*. El portero les saludó respetuoso, recibió una generosa propina, y les condujo hasta la puerta del local con evidente deferencia.

El chófer del caro vehículo se alejó con éste hacia un aparcamiento cercano. Me quedé mirando pensativo hacia la fachada del club.

De modo que era eso. Un local de altos vuelos. Casi me entraron ganas de reír. Cinco años atrás reunía en su interior a un buen puñado de golfos y rufianes de la ciudad, aunque su aspecto fuese respetable en apariencia. Ahora, sin embargo, su clientela era gente importante de River City. Toda una sorpresa.

Tal vez no todo hubiera cambiado en el local. Recordé la puerta trasera, en el estrecho patio destinado a los cubos de basuras, y rodeé el edificio. No, eso, al menos, no había cambiado. Allí estaban los grandes cubos de basura, delante de la puerta de servicio del local, iluminada con una simple bombilla sobre su marco.

Avancé resueltamente. Empujé la puerta. Me encontré en las cocinas del club, bien iluminadas y con algunos empleados preparando emparedados, bebidas frías y todo eso.

Se me quedaron mirando como quien ve aparecer de pronto a un marciano. Mis ajadas ropas, fuera de moda, debieron causarles cierta mala impresión, porque un tipo con gorro de cocinero me gruñó con gesto de pocos amigos:

—No hay sobras todavía, amigo. De modo que puede largarse.

—Yo no busco sobras —ni siquiera me sentí ofendido. Esas cosas ya no iban

conmigo—. Busco a un tal Rocky Drake.

—¿Rocky Drake? —pestañeó con asombro el cocinero—. ¿Para qué diablos quiere usted ver a Rocky Drake?

—Eso es cosa mía y de él —repliqué, alargando la mano y tomando un pequeño canapé de cangrejo, que me llevé tranquilamente a la boca.

—¡No toque eso! —se enfureció el tipo, acercándose rápidamente y llevándose la bandeja—. Escuche, ¿de qué planeta acaba usted de llegar, amigo? Rocky Drake hace ya un año que no está aquí. Lárguese a otro lado a beber, si es eso lo que está haciendo ahora.

—No estoy bebido. No he probado ni una gota —me empecé a irritar yo también—.

Acabo de llegar de fuera, y busco a Rocky Drake, eso es todo.

—¡Eh, espera, Wood! —terció un camarero de chaquetilla blanca y hombreras doradas, dejando una bandeja con servicios vacíos y acercándose curioso a nosotros—, Yo creo que he visto a ese tipo en alguna otra parte. Sí, su cara me es conocida.

—Pues yo no le he visto en mi vida, ni falta que me hace —gruñó con disgusto el cocinero Wood, encogiéndose de hombros y alejándose de mí—. Al diablo con él. Si no se larga ahora mismo, arrojadle al callejón.

—No, espera —cortó el camarero, mirándome inquisitivo. Un amago de sonrisa apareció en su rostro, y no me gustó nada—. Ahora ya recuerdo. Sí, su cara vino con mucha frecuencia en los diarios de entonces. Pero yo no le recuerdo de eso, sino de verle por aquí cuando esto era un chamizo. Este tipo es Jake Fisher, seguro.

—¿Jake Fisher? —rezongó el cocinero—. ¿Y quién diablos es ése?

—Un tino notable, hace unos años —rió el camarero desagradablemente—. Por entonces yo era mozo aquí. Pero le recuerdo. Era amigo del patrón, de Rocky. Pero también era algo más.

—¿Qué? —gruñó Wood.

—Un ladrón y un asesino —sentenció fríamente el tipo, clavando en mí sus ojos helados y malévolos.

—De modo que tú eres Harry. El mozo Harry Coolish, que lamía el culo a todos nosotros por una sucia propina —repliqué con igual frialdad, sin inmutarme—. Has cambiado mucho. Has envejecido. ¿Es la mala leche la que te ha ajado tanto, Harry?

Palideció, herido por mis insultos. Le vi apretar los labios con ira, y luego me endilgó unas palabras agrias, amenazadoras:

—Se cree muy gracioso, ¿eh, patán? —silabeó—. Lárguese pronto, o realmente le daremos una buena paliza entre todos, bastardo. Podría llamar a la policía y hacer que le metieran otra vez en chirona por molestar a la gente honrada. Debe ser fácil que empapelen otra vez a un ex convicto, ¿no? Esto no es lo que usted dejó, Fisher. Aquí ya no tiene amigos. Ni en ninguna parte. Sería mejor que se largase de River City. Creo que hay gente que aún anda buscando el dinero que usted se quedó después de matar a Stuart Conrad...

Le hubiera podido aplastar fácilmente aquella cara de rata que tenía. Pero Wood y otros empleados empezaban a rodearme, empuñando diversos objetos que cocina bastante contundentes y, aunque nunca he sido un tipo débil y en la cárcel procuré hacer la mayor gimnasia posible, tenía allí las de perder.

De modo que sonreí como pueden sonreír los lobos, y me dirigí a la salida con un movimiento burlón de mi mano.

—Está bien, no se acaloren, muchachos: Ya me voy. Pero al menos, podrían haberme dicho qué fue de Rocky Drake y quién es ahora el dueño de esto...

—No creo que eso le importe mucho —replicó el cocinero Wood—. Pero si eso le tranquiliza, sepa que no tenemos noticias del tal Rocky aquí. Y que nuestro patrón se llama Jason Everett. ¿Es suficiente, amigo?

—Sí, gracias —le sonreí, buscando en mi bolsillo. Encontré una moneda de diez centavos y la arrojé al aire, antes de lanzarla sobre una bandeja, donde tintineó con fuerza, al tiempo que yo decía—: Esta es tu propina, Harry Coolish. Diez centavos. Es lo que te dábamos entonces por limpiarnos los zapatos y cepillar la chaqueta, ¿no es verdad? Porque lamer el culo, lo hacías sin necesidad de propina...

Salí, riendo entre dientes, mientras él mencionaba feamente a mi

madre y algunos más de mis antepasados, pero eso no me molestaba en absoluto. Aquella rata no podía ofenderme aunque quisiera.

De nuevo caminé por el pasaje oscuro y maloliente, en dirección a Lincoln Avenue.

Y de pronto, el cielo entero y las paredes todas del callejón, se me derrumbaron encima, reventándome el cráneo.

* * *

Mi cabeza parecía una olla de grillos. Mi boca, una alcantarilla. El resto de mi cuerpo, ni siquiera parecía existir. Empecé a comprobar que sí existía, cuando me moví y empezó a dolerme todo, desde la punía de los cabellos hasta los dedos de los pies.

Era igual que si una apisonadora hubiese pasado por mí. Mis ropas tampoco parecían haberse salvado de ese trance. Estaban lamentablemente arrugadas, rotas y hasta manchadas de sangre. De *mi* sangre.

Me toqué la cabeza. Tenía el cabello seco, adherido a la piel. Me dolía horriblemente en la nuca. Es donde recibí el golpe que parecía producido por todos los astros del cielo.

Pero no era sólo ése el dolor que me asaltaba. Cada brazo, cada pierna, varias partes de mi cuerpo, daban ¡a impresión de haber sufrido tortura en una mazmorra medieval.

Me toqué los labios, hinchados y agrietados. También habían sangrado, y, esa sangre se acumulaba, fétida, en mi boca, mezclada con la que soltaron mis encías. Algunos dientes, un par de ellos cuando menos, se movían en sus sitios, como a punto de-desprenderse.

Había sido una buena paliza, no un solo golpe. Alguien, aprovechándose de mí inconsciencia, me había sacudido de lo lindo. Me sentía como una piltrafa. Aun así, logré ponerme en pie y caminar un trecho, apoyado en la pared de ladrillos del callejón.

Continuaba en el mismo sitio donde cayera, no lejos de la entrada de servicio del *Blue S ky*. Los cubos de basura me rodeaban, añadiendo su infecto hedor al acre sabor maloliente de mi boca ensangrentada y de mis ropas acartonadas por esa misma sangre.

Hubiera querido saber quién o quiénes fueron los bastardos que me sacudieron de lo lindo estando indefenso. Y, sobre todo, el motivo de

tal paliza. Miré mi reloj, a un reflejo de las farolas de alumbrado de la cercana avenida, y respiré con cierto alivio. No se había roto el viejo cronómetro. Marcaba las once y media.

Teniendo en cuenta que eran las once menos pocos minutos cuando iba camino del *Blue Sky*, era evidente que me había pasado casi media hora allí, tumbado en el callejón, entre aquellos recipientes de desperdicios.

La paliza parecía no tener sentido, a menos que alguien me odiara lo suficiente para zurrarme la badana de tal modo. Traté de recordar a personas que sintieran contra mí alguna animosidad, y me asustó la respuesta que me dio mi memoria. Eran demasiadas.

Nunca había gozado de demasiadas simpatías en River City, Me pregunté por qué diablos tuve que haber vuelto allí, después de todo.

La contestación era obvia: doscientos cincuenta mil dólares en billetes. Algo por lo que valía la pena ir incluso al mismo infierno. Si es que no estaba ya en él ahora.

Caminé unos pasos más. Mi zapato golpeó un cubo de basura, que sonó metálica, sordamente, en el silencio del callejón, sólo alterado por las lejanas notas de una canción que me era familiar, allá en el interior del *Blue Sky*: se llamaba algo así como *Melodía de Manhattan* y recordaba borrosamente que era el *leit motiv* de una película anterior a mi encarcelamiento. Una de aquellas películas que me gustaban: *I wake up screaming*, con la bonita rubia de las bellas piernas que era Betty Grable, el sueño dorado de tantos americanos (1).

(1) *I wake up screaming* se estrenó en España sobre los años 1945 a 1946, pese a estar producida por la Fox en 1941, y su título aquí fue ¿Quién mató a Vicky?, sobre una conocida novela policíaca de típica «serie negra»

americana. Sus protagonistas fueron Betty Grable, Víctor Mátore y Carole Landis, con el gran genérico que fue el actor Lairregar, malogrado a temprana edad. (N. del E.) Me incliné, maldiciendo entre dientes, para evitar que el cubo, bastante vacío, rodase por el asfalto, haciendo todavía un ruido más endiablado. Ese movimiento brusco me hizo sentir aguijonazos de dolor en todo mi cuerpo. La cabeza me dio vueltas, y noté unas fuertes náuseas aunque no llegué a vomitar. Incliné la cabeza, con una arcada.

Y entonces le vi.

Era un hombre casi doblado tras los cubos de basura, pegado a la pared de ladrillos.

Tenía el rostro hecho un borratajo de sangre, las ropas rotas y sucias de un rojo oscuro. Y

la cabeza hundida hasta las cejas.

No hacía falta ser un lince ni saber de medicina, para comprender que aquel tipo estaba muerto. Y bien muerto. Alguien le había aplastado el cráneo con algo demoledor, capaz de triturarle la bóveda craneal.

Mis ojos se fijaron en algo que había a mis pies, rozando mi calzado. Era un martillo de gruesa cabeza, totalmente manchado de sangre y con cabellos humanos adheridos.

Evidentemente, el arma con que lo mataron.

Allá, al final del callejón, un coche patrulla se detuvo bruscamente. Vi girar la roja luz de su techo. Noté un sudor helado en todo mi cuerpo. La portezuela se abrió, y un agente uniformado asomó con una linterna en la mano. Miró a la oscura calleja como buscando algo. Luego, proyectó un chorro de luz que barrió el pasaje a lo largo y ancho del mismo.

Hasta que, inevitablemente, cayó sobre mí, bañándome en una cruda claridad lechosa que debió mostrarme como un conejo asustado.

—¡Eh, usted, quieto ahí! —ordenó abruptamente el patrullero, echando a andar hacia la callejuela.

Me pregunté cómo podría explicarle mi estado actual. Y, sobre todo, la presencia a mi

lado de un cadáver con la cabeza aplastada y el arma homicida a mis pies.

Cualquiera tendría problemas tratando de justificar algo así. Pero un ex convicto encarcelado por cinco largos años por homicidio y robo, ¿cómo lo podría resolver sin regresar a aquella misma cárcel por veinte años, o yendo a parar a la silla eléctrica?

Pensar eso y echar a correr en dirección opuesta al patrullero, fue todo uno.

A mis espaldas, oí una imprecación y una orden tajante:

—¡Quieto! ¡Deténgase inmediatamente o disparo!

Naturalmente, no me detuve. Seguí corriendo.

CAPITULO II

Oí otra orden más apremiante. Luego, el disparo.

La bala pasó cerca. La sentí levantando esquirlas de ladrillo cerca de mi cara, al fondo del callejón. Delante de mí se alzaba una tapia que convertía el lugar en un pasaje sin salida. Era una cerca de ladrillos oscuros, de unos ocho pies de altura. A pesar de que el cuerpo me dolía endemoniadamente, me encaramé por ella, cuando ya sonaba el segundo disparo y un cerco de luz blanca seguía mis pasos, como si fuese un funámbulo durante una representación circense.

—¡No haga locuras o le pesará! —gritó el patrullero todavía, antes de hacer su tercer disparo.

Esta vez rozó mi brazo. De tal modo que rasgó mi manga y sentí ¡a mordedura caliente del proyectil en mi piel. Maldije entre dientes, tomé impulso, y salvé al fin la cerca, saltando al otro lado del callejón!

Recordaba bastante bien la topografía del lugar. Al otro lado de aquel edificio tenía que discurrir una calle paralela a Lincoln Avenue, pero bastante menos frecuentada, que conducía directamente a la orilla occidental del río, en su zona más industrial, donde los embarcaderos se sucedían, junto a factorías y almacenes, para terminar en el estuario, a cosa de media milla de allí.

Pero para llegar allí era preciso todavía salvar un amplío solar lleno de desperdicios y de carrocerías herrumbrosas de coches viejos, y llegar a una alta valla de madera ante, la cual un gran cartel anunciador, iluminado por dos focos, disimulaba un poco el feo aspecto del lugar. La ciudad estaba llena de parches así, para que no se afease más de lo que ya lo estaba el centro urbano. Todos los alcaldes prometían siempre lo mismo: edificar y urbanizar aquellas zonas. Pero ninguno lo hacía, tal vez porque alguna empresa inmobiliaria de importancia estaba detrás de todo aquello y esperaba a su momento adecuado para hacer viables los propósitos de los alcaldes, muchos de los cuales además estaban demasiado complicados en asuntos sucios y de corrupción para poder hacer valer sus programas electorales llegado el momento. Por lo que se veía, el actual alcalde no se diferenciaba gran cosa de sus predecesores. La mayoría de los políticos siempre guardan su fuerza para hacer promesas durante la campaña electoral. Promesas que nunca se cumplen. Pero el ciudadano siempre es lo bastante estúpido para volver a creer en las elecciones siguientes en el mismo o parecido

individuo. Así se hace la democracia.

Pero yo no estaba ahora para filosofar sobre las excelencias o las desventajas de nuestro brillante sistema democrático, sino para intentar evadirme de un patrullero armado y de un cadáver que podía pesar sobre mí como una losa, teniendo en cuenta que llevaba solamente dos días fuera de la prisión tras cinco años de encierro por homicidio.

Cinco que pudieron ser ocho, pero que había redimido a base de buen comportamiento y de trabajo en los talleres de la institución penitenciaria.

Crucé el solar sintiendo que algo caliente y espeso corría por mi brazo herido. El rasguño de la bala debía de ser más profundo de lo que imaginé en un principio.

A mis espaldas, el patrullero estaba salvando con mayor agilidad aún que yo la tapia de ladrillos. Era cuestión de poco tiempo que me diese alcance. Llegué jadeante a la valla de

tablas. Las malditas luces del cartel anunciador, al otro lado, revelaron con demasiada nitidez mi silueta.

—¡Alto! —me voceó el policía, encañonándome desde la tapia de ladrillos—.

¡Entréguese o le mato!

Atrás, en el callejón, sonaban ya silbatos de metálico y agrio sonido. Sin duda, el segundo patrullero había descubierto el cadáver. Las cosas no podían ponerse peor para mí.

—¡Vete al infierno! —refunfuñé, sin embargo, encaramándome como un simio paralítico por las tablas crujientes y viejas, que podían ceder en cualquier momento lanzándome virtualmente en brazos de mi perseguidor.

El patrullero no se lo pensó dos veces. Su maldito revólver volvió a hacer fuego. Vi la llamarada, y salté al otro lado. Sentí tan cerca la bala, que creo que se erizaron mis cabellos con su ardiente contacto.

Rodé por la calle no demasiado alumbrada, a los pies de un enorme cartel anunciador donde una chica en bañador anunciaba una famosa marca de cigarrillos, exhibiendo sus hermosas piernas. Me quejé entre dientes, al notar que se me torció un tobillo en la caída. Logré

ponerme en pie, renqueante, seguro de que ahora sí podría ser fácilmente cazado por mi perseguidor. El tobillo me dolía más aún que el brazo herido por la bala y el cuerpo tullido por la paliza. Mi evasión empezaba a ser terriblemente problemática.

En ese momento, un automóvil oscuro dobló la esquina inmediata, a mis espaldas, y aunque traté de acelerar mi carrera, el vehículo se detuvo junto a mí, se abrió una portezuela, y una voz, al volante, masculló con voz ronca:

—¡Pronto, métase aquí! ¡Hágalo o le cazarán, no sea necio!

La situación distaba mucho de ser normal. Aquello podía ser una emboscada con todas las de la ley, pero me importaba un cuerno lo que pudiera ser. En mis condiciones, podía hacer cualquier cosa menos escapar de la policía. Aquel coche y aquel hombre no me inspiraban la menor confianza, pero era lo mejor que había para elegir, por el momento.

Me zambullí dentro del coche misterioso, y cerré la portezuela. El conductor aceleró, alejándose calle abajo y doblando en otra esquina, para dirigirse en sentido opuesto al río, de regreso a la parte alta de la ciudad.

Resoplé, retrepado en el asiento, preguntándome quién diablos podía sentir el menor interés en ayudar a un ex convicto a salir de apuros, y menos en aquella sucia ciudad de River City. Pero de momento no creí conveniente hacer preguntas, ni posiblemente mi chófer estaba dispuesto a responderlas, ocupado en alejarse cuanto antes de la zona caliente.

Sólo cuando habíamos recorrido cosa de diez o doce manzanas, le oí respirar hondo y, mirándome por el retrovisor, comentó secamente:

—¿Es que siempre tiene que andar metiéndose en líos, Fisher?

Me erguí en el asiento. Traté de verle, pero la claridad del exterior era escasa para conseguirlo. Sólo descubrí unos ojos penetrantes en el retrovisor, fijos en mí, y una corpulenta humanidad embutida en una gabardina color marrón oscuro. El sombrero era de fieltro, color oscuro, tal vez negro. No podía estar seguro de nada.

—¿Quién diablos es usted? —indagué—. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Vengo siguiéndole desde que salió de la penitenciaría —me dijo—. Tengo todos los

datos relativos a su persona: informes, fotografías, huellas dactilares y todo eso.

—¿Es un policía?

—No —rió entre dientes.

—¿Detective privado?

—No, exactamente.

—Me rindo. ¿Por qué me ayuda a huir? Era la policía la que iba tras de mí.

—Lo sé. Vi el coche patrulla. Y vi a los patrulleros.

—¿Entonces...?

—Tengo que ayudarle. Preso, no me sirve de nada. En libertad, puede valer mucho dinero.

—¿Para usted?

—Para las personas con quienes trabajo, para ser exactos.

—No entiendo nada. Creo que no le he visto antes en toda mi vida.

—Eso es cierto. Nunca nos vimos antes, Fisher.

—¿Va a contarme quién es usted, para quién trabaja y por qué está ayudándome en este trance.

—Sí, se lo diré. Soy Ralph Maxwell, inspector de seguros de la Ajax Insurance, enviado a River City para vigilarle a usted y recuperar así los doscientos cincuenta mil dólares que mi empresa abonó en su día a la entidad perjudicada por el atraco donde un hombre fue muerto y usted desapareció con el dinero, siendo capturado más tarde... pero sin que apareciera un sólo dólar de ese cuarto de millón robado. ¿Responde eso a sus preguntas?

—En parte. ¿Teme perder definitivamente ese dinero si la policía me arresta, Maxwell?

—Por supuesto —rió él duramente—. Un hombre en prisión no vale nada. Le necesito libre. Más pronto o más tarde, terminará por conducirme hasta donde guarda ese dinero.

—¿Sabe que lo guardo yo en alguna parte? —sonreí.

—Sí. De otro modo, no estaría ahora aquí.

—¿Sabe que está protegiendo a un presunto homicida?

—Su homicidio ya lo pagó en prisión. Nadie puede condenarle otra vez por ese delito, usted lo sabe.

—Hubo otro homicidio. En el callejón posterior del *Blue Sky*. ¿No lo sabía?

Maxwell sufrió sin duda un sobresalto. Cuando menos, el coche pegó un brinco raro, se desvió hasta casi rozar con los neumáticos el bordillo de una acera, peligrosamente cerca de una farola, y luego se enderezó, recuperando la estabilidad, mientras sus ojos acerados me taladraban desde el retrovisor.

—No, no lo sabía —masculló, y le oí jurar entre dientes—. ¿Ha matado a otro hombre, Fisher?

—Sería igual discutir con usted —suspiré—. No iba a aceptar que ni entonces cometí homicidio alguno, ni ahora tampoco, ni tan siquiera sé dónde está ese maldito dinero.

—Acertó. No le creo una palabra —resopló—. Hábleme de ese muerto del callejón.

—Hábleme usted antes, Maxwell. No me fío un pelo de usted. ¿Por qué supuso que la policía iba a detenerme, si no sabía nada de ese hombre muerto en el callejón?

—¡Qué tontería! Estaba huyendo de la policía. Le disparaban. Veo que incluso le dieron. Tiene que ocurrir algo. Me limité a evitar que le arrestaran. Imaginé que hizo algo condenable en el *Blue Sky*.

—Si viene siguiéndome desde la prisión, sabrá al menos que me pegaron una paliza en el callejón —gruñí.

—Sólo le vi entrar en el club por la puerta trasera y salir después. Volví a mi coche para seguirle. Entonces creí oír golpes y ruidos en el pasaje, y regresé. No pude intervenir. Eran tres matones pegándole de firme, Fisher. Con manos y pies. Parecían muy furiosos con usted. Temí que le mataran, y avisé a la policía, eso fue todo.

—¿Eso hizo usted? —me quejé—. No tiene sentido

—Claro que lo tiene. Muerto, tampoco me sirve usted de gran cosa. Temí que le hicieran pedazos. Pero no quiero mezclarme con *gangsters* y gente así. Eso es asunto de la policía, no de un vulgar inspector de seguros.

—Usted parece cualquier cosa menos vulgar —comentó.

—Gracias —rió, halagado—. De todos modos, pensaba ir luego y sacarle de comisaría pagando la fianza que fuese. Luego, vi que todo se complicaba al oír gritos, disparos y notar que usted huía. Por eso puse el coche en marcha, rodeé la manzana y vine en su busca, por si había suerte. La hubo, y aquí estamos ahora.

—De modo que nada sabe del difunto del callejón.

—Cielos, claro que no sé nada. ¿Quién era él?

—Que me ahorquen si lo sé.

—Siga esta carrera, Fisher, y le ahorcarán a la usanza americana. Ya sabe, esa horrible y fea silla eléctrica que hay para estos casos...

—No me la nombre —me estremecí—. Al tipo del callejón le aplastaron la cabeza como si fuese una nuez. Usaron un pesado martillo para ello. Parecía un tipo recio, de anchas facciones y pelo ralo, color rojizo. No lo he visto en mi vida.

—A usted le pasan las cosas más raras del mundo, amigo —resolló mi salvador, alcanzando con su coche la tranquila zona residencial de River City Hills. Las sirenas policiales llegaron a nuestros oídos, pero muy lejanas—. Yo sólo vi la paliza que recibía.

No me metí en el callejón a averiguar más. Estimo demasiado mi pellejo para eso.

—Ya. ¿De dónde procede usted, Maxwell?

—De la Central Aseguradora de Chicago —me explicó con cansancio en su tono—. No es un trabajo que me guste. Pero si recuperase esos doscientos cincuenta mil, el veinte por ciento sería mío. Por cincuenta mil, soy capaz de todo.

—Lo creo. Usted habló antes de tres matones —reflexioné, viendo cómo aproximaba el coche a un motel de la alameda que subía la colina, formado por un acceso iluminado por un fluorescente verde, que hacía parecer más brillantes los setos de la entrada. Allá al fondo,

se adivinaban las luces de los *bungalows* por arrendar—. ¿Puede darme alguna otra pista al respecto?

—Creo que sí —suspiró—. Uno de ellos resultaba inconfundible. Era albino.

—¿Albino?

—Sí, ya sabe. Pelo rubio, casi blanco. Esos tipos ven bien en la oscuridad. Pero también se les ve bien a ellos, por poca luz que haya. Se llama Syd Madigan y trabaja para Renzo Gazzara.

—¿Renzo Gazzara? ¿Quién es él?

—Ahora es el dueño del *Blue Sky*. Y también del *Tropicana*. Y de otros cinco o seis clubs nocturnos de River City, cuando menos. También se dice que le protege muy eficazmente

el alcalde Clinton Derek. No hay evidencias de eso, pero se dice... Y lo que se dice, muchas veces puede no ser cierto, pero otras sí lo es.

—Entiendo —asentí—. Usted sabe muchas cosas de River City, ¿no?

—Bastantes —sonrió a través del retrovisor. Y lo noté por el reflejo del fluorescente verde en el espejo, cuando entramos en el motel de *bungalows*—. Sobre todo, las que afectan a su persona, Fisher.

—Que yo sepa, ese tal Gazzara no me afecta en absoluto —negué—. No le conozco lo más mínimo.

—Eso es lo que usted supone. Pero tenga en cuenta que Renzo Gazzara es algo más que el propietario de una cadena de clubs nocturnos. Es, también, socio de una persona que usted debería conocer bien.

—¿Quién es esa persona? —indagué, poniéndome en guardia instintivamente.

—El magnate de los negocios Elmer Jordan, actual esposo de Dinah Baker, que todos saben fue su cómplice en el homicidio y el robo de los doscientos cincuenta mil dólares hace cinco años... aunque nada se pudo probar nunca contra ella —me informó calmadamente mi interlocutor, frenando el automóvil frente al *bungalow* de recepción del motel, al tiempo que añadía, risueño—: Bien, hemos llegado a su momentáneo refugio de desesperado, amigo Fisher...

CAPÍTULO III

Era un *bungalow* como cualquier otro de su estilo. Funcional, con un dormitorio más bien pequeño, provisto de una ventana enrejada que asomaba a los parterres y rectángulos de césped del motel, un *living* con puerta corredera al mismo césped, un cuarto de aseo y un altillo para equipajes. Eso era todo.

Me quedé mirando lo que me rodeaba, con aire pensativo. No me gustaba el papel de hombre escondido. Pero al parecer, no quedaba otro remedio. Contemplé a la luz de mi nueva vivienda al hombre que hacía todo aquello por mí.

Era realmente fuerte, de complexión robusta, rostro ancho y enérgico, de facciones vulgares y sonrisa fría como una cuchillada. Sus ojos tenían un color gris oscuro, su nariz algo roma parecía evocar experiencias pugilísticas, y sus manos, grandes y anchas, podían ser capaces de triturar a cualquiera fácilmente. Su gabardina era nueva, con cinturón, y debajo lucía un temo marrón arrugado y sin elegancia. La corbata podía haber servido para ilustrar un plato de ensaladilla en el menú de un restaurante.

Se me quedó mirando pensativo, desde el centro de la salita, y comentó:

—Ya me imagino que no le gusta el lugar. Pero es mejor que una cloaca.

—Vistas así las cosas..., —me encogí de hombros—. ¿A qué nombre lo ha registrado?

—John Smith —rió burlón entre dientes—. Es algo muy socorrido.

—Sí, claro. Y poco imaginativo.

—Si yo tuviera imaginación, no estaría gastando suelas de zapatos en inspeccionar seguros y asegurados, créame. Lo importante es que no se deje ver demasiado por ahí.

Podrían reconocerle y lo echaría todo a rodar.

—Le interesa que yo siga libre, ¿no?

—Es la única posibilidad que tengo de llegar a ese cuarto de millón.

—¿Cree que lo tengo yo?

—Usted, no. Pero sabe dónde se oculta.

—¿Y si estuviera en un error?

—No puedo estarlo. Usted robó ese dinero, en complicidad con la chica. Hace cinco años, Dinah Jordan era capaz de hacer bailar de coronilla a cualquiera.

—¿Ya no?

—No tanto, al menos. Cinco años siempre se notan. Además, ella se ha hecho ahora una señora respetable. Ser la esposa de un tipo como Elmer Jordan, siempre impone respeto. Aunque la policía pudiera probar ahora algo contra ella, no lo haría, seguro. La amistad de Jordan con los peces gordos y su propia posición social y económica, pesan demasiado.

—De modo que Dinah hizo una buena pesca, ¿eh? —reí sarcástico.

—De las mejores. Jordan es un tino importante en River City. La apartó de los clubs nocturnos y todo eso, le refino un poco y le convirtió en una dama. Rica, por añadidura.

—¿No se le ha ocurrido la idea de que si ambos robamos aquel dinero, pudo ser ella quien se aprovechó de él hasta el último centavo?

—Sí, se me ha ocurrido. Pero lo he desechado en seguida.

—¿Por qué?

—Dinah Baker lo pasó muy mal al principio. Aquel dinero no tenía registrada la

numeración ni cosa parecida. Pudo haber recurrido a él. Pero no lo hizo.

—Tal vez es demasiado lista para cometer un error así.

—Nadie es demasiado listo cuando tiene hambre y no puede vestir decentemente. Ese fue su caso. Y aguantó, hasta que conoció a Jordan. Casi dos años de penuria, porque no quería entrar en el negocio de prostitución de Renzo Gazzara.

—¿Y ahora qué piensa hacer? ¿Pegarse a mí como una lapa y no dejarme a sol ni a sombra?

—No. No será necesario. Usted terminará por ir adonde está ese dinero, podría jurarlo.

No me dé las gracias por esto, porque no las merezco. Es mi juego. Y usted tiene que jugarlo ahora, le guste o no. La policía significa la cárcel. Yo significo una alternativa relativamente mejor.

—¿Cuál? ¿Devolverle el dinero, si es que lo tengo o sé dónde está, y luego entregarme igualmente a la policía?

—No. Usted me entrega ese dinero. Yo lo entrego a la Ajax Insurance. Ellos me pagan mi recompensa. Y yo, de mis cincuenta mil, le doy a usted diez mil. Suficiente dinero para largarse al Canadá, por ejemplo, a esperar qué ocurre con el tipo ese del callejón. ¿No es una buena proposición?

—Podría irme mucho más lejos con el cuarto de millón completo.

—No lo crea. El teniente Latimer, de la policía local, es un duro sabueso. Pero no es nada a mi lado. Estoy dispuesto a todo por ese dinero. Es el bocado más jugoso que se me ha presentado en la vida, y no tengo que actuar ilegalmente para ganármelo. No cederé ni renunciaré a él por nada del mundo, esté seguro.

—Encubrirme ahora, sí es ilegal —le advertí.

—¡Tonterías! No creo que fuese tan tonto para matar a nadie a martillazos. Claro que la policía, si le ve en ese estado, dirá que usted y ese tipo se pelearon, que usted le aplastó la cabeza y escapó. Eso significa reincidir en un delito de homicidio, que incluso podría ser de asesinato. Y ya sabe lo que le esperaría. Yo estoy para ayudarle, Fisher. ¿Por qué no es buen chico y llegamos a un acuerdo?

—Aunque no lo crea, no sé dónde está ese dinero —resoplé, fatigado.

—Está bien —se irguió con un destello irritado en sus ojos—. Ya sabía que no iba a ser fácil convencerle. No pienso torturarlo ni someterle a interrogatorio. Soy de los que creen que, a la larga, uno mismo termina por hacer lo que se espera que haga. El momento en que eso ocurra, yo estaré allí. No lo dude. Ahora, buenas noches. Y si tiene dos dedos de frente, no sales de aquí. En el cuarto de baño tiene un botiquín. Cúrese ese brazo y los golpes recibidos. Le enviaré algo de ropa para que tire todo eso que lleva encima. Buenas noches. Trate de dormir. ¿Quiere comer algo? Puede pedirlo por ese teléfono al conserje.

Siempre tienen algo frío en el refrigerador.

—¿Y quién paga los gastos?

—Yo —gruñó él, ya en la puerta—. Cuando reciba mi recompensa, esos gastos quedarán compensados, no lo dude. Felices sueños. Fisher.

Me quedé solo. Corrí el pestillo, bajé las persianas metálicas de la ventana y de la puerta-balcón, y seguí las instrucciones de Ralph Maxwell, mi maldito ángel guardián. Me lavé las heridas, las desinfecté, y puse un apósito fuertemente ajustado sobre el profundo rasguño de la bala en mi brazo. Me sentí mejor después. Llamé al conserje nocturno y le

pedí unos emparedados y una cerveza. No tardó en traérmelos, firmé una nota y le di cincuenta centavos de propina. No podía sentirme muy generoso con diez o doce dólares en el bolsillo.

Me acosté, agotado, pensando que no podría pegar ojo. Me equivoqué.

Cuando desperté, el sol estaba ya bastante alto. Mi reloj marcaba las diez y media de la mañana, y al abrir la puerta corredera, un soplo de aire húmedo y fresco entró en *bungalow*.

Poco después, sonaba el teléfono. Lo tomé. Era el conserje de día. Tenía un paquete para mí. Dije que podía traerlo, y un momento más tarde lo tenía en mi poder. Dentro había un traje de mi talla, nuevo y de aceptable calidad, en color gris oscuro. Corbata, camisa, zapatos y calcetines. Aquel tipo, Maxwell, tenía buen ojo para las tallas. Todo me iba bien. También acompañaba a eso unas gafas oscuras, un bigote postizo con adhesivo, un sombrero flexible, una botella de tinte para el cabello, y un sobre cerrado. Abrí el sobre.

Contenía treinta billetes de diez dólares, y un mensaje breve:

«Tome esto para gastos. Se lo descontaré de sus diez mil. Y cambie un poco su aspecto. Todos los diarios llevan hoy su fotografía. Las sospechas son de homicidio. La víctima se llamaba Cyril Ormond. ¿Eso le dice algo?

«Maxwell.»

Para ser Papá Noel, Maxwell me resultaba demasiado antipático. Pero lo cierto es que, de momento, no le tenía más que a él. Me teñí el cabello en el baño, y adherí el bigote de forma cuidadosa. Luego, me puse las gafas y me ajusté el sombrero. Contemplé el resultado en el espejo.

Parecía bastante cambiado. Pero no sabía si lo suficiente para engañar a la policía o a los que me conocieron bien cinco años atrás. De todos

modos, era mejor que nada. Y

empezaba a sentir claustrofobia en aquel *bungalow*.

Momentos más tarde, me dirigía en un taxi al centro de la ciudad. Compré un par de diarios y contemplé mi fotografía en primera plana. Por fortuna era de cinco años atrás y el parecido era confuso, Más aún con mi actual cambio físico. Tal vez pudiera pasar desapercibido. Tal vez...

Elegí un restaurante cualquiera para almorzar. Ni la camarera se fijó especialmente en mí, ni observé que nadie me mirase con aire de sospecha. Pasé perfectamente desapercibido, como un ciudadano cualquiera, gris e impersonal. En varias ocasiones miré al exterior, preguntándome dónde estaría Ralph Maxwell vigilándome; pero lo cierto es que no vi nada por parte alguna. Si me seguía, como había dicho, igual que si fuese mi propia sombra, lo hacía con una eficacia indudable, porque nada denunciaba su presencia.

Me metí en un cinematógrafo, precisamente aquel donde exhibían *Key Largo*, para matar el rato de alguna manera. Era un programa doble bastante largo, a base de una película bélica que recordaba vagamente, y que resultó ser *Guadalcanal*, y la protagonizada por Bogart y Robinson. Un típico film de *gangsters*, violento y ácido, que no contribuyó a calmar mis nervios. Yo conocía ya personalmente esa clase de violencia, y no por cierto en la pantalla.

Cuando salí del cine, la tarde estaba ya bastante avanzada, había tráfico en las calles, y las ediciones vespertinas seguían publicando fotografías mías y datos sobre el crimen del callejón posterior al *Blue Sky*, según comprobé al adquirir un diario.

Había nuevos detalles sobre la víctima. Se trataba de Cyril Ormond, como dijera Maxwell. El tal Ormond era un detective privado que frecuentaba habitualmente los clubs nocturnos de Lincoln Avenue. No se sabía para quién trabajaba en la actualidad, pero había estado frecuentando el *Blue Sky* y el *Tropicana*, según testigos, haciendo preguntas acerca de Jake Fisher, de un atraco antiguo a la empresa River Amalgamated, donde fueron robados doscientos cincuenta mil dólares de nóminas por un grupo de maleantes enmascarados, de los cuales su jefe, Stuart Conrad, fue asesinado posteriormente, en una pelea con un cómplice, Jake Fisher, que huyó con el dinero y con alguien más, cuyo nombre nadie revelaba, pero que todo el mundo sabía era la persona que planeó con él traicionar a su jefe una vez cometido el atraco. Una mujer, Dinah Baker, ahora esposa de un

hombre rico y poderoso.

Pero nadie hablaba de Dinah Baker, ahora Dinah Jordan. Era como un pacto de silencio en torno a la que fuera su cómplice entonces. Ningún diario decía nada de ella.

El tal Ormond había sido boxeador aficionado, y tuvo tiempo atrás un gimnasio en West River Side, en la zona más populosa de la ciudad, donde abundaba la gente del hampa y los miserables de River City. Pero eso era todo lo que se sabía del muerto. No tenía familia, acostumbraba a embriagarse, era violento y malencarado. Iba armado habitualmente, y tenía licencia para ello. Pero, según ¡a policía, la noche anterior no tenía armas encima. Lo que sí tenía, era los nudillos desollados, de tanto golpear a alguien.

Se buscaba a Jake Fisher como principal sospechoso, porque un camarero y dos cocineros del *Blue Sky* habían citado su presencia en las cocinas, poco antes del crimen; así como pudieron oír golpes y voces en el callejón, aunque no se asomaron para averiguar lo que sucedía, por miedo a cualquier riesgo, según dijeron a la policía.

Eso era todo lo que saqué en claro de la lectura de los diarios. No era mucho. Yo seguía siendo el sospechoso. Me buscaba de nuevo la policía, apenas salido de la cárcel. Y esta vez tampoco iba a poder demostrar que yo era inocente. Sería la segunda vez que me encerrarían por algo que no había hecho. Nadie cree a un ex convicto, como nadie cree a un hombre sin evidencias que demuestren su inocencia. Lo sabía por experiencia propia.

Me tomé un café en un bar, terminando de leer los periódicos. Al salir, sentí un escalofrío. Dos agentes uniformados venían hacia mí. Me toqué instintivamente el bigote.

Estaba bien adherido, por fortuna. Serenamente, esperé a que llegasen cerca, y pasé junto a ellos sin inmutarme. Por un momento, la desagradable sensación de que una mano férrea podía ponerse en mi hombro y darme el alto, me acompañó unos instantes, mientras mis pasos me alejaban de los dos agentes. Nada de eso sucedió. Llegué a la esquina inmediata, la doble y me encontré en otra calle donde no se descubría la nota azul de los uniformes policiales por parte alguna.

Comenzaban a encenderse luces en los escaparates, el cielo estaba nublado sobre River City, y el aire del río era desapacible y cargado de humedad. Tal vez llovería pronto.

Caminé hasta un cercano establecimiento donde pedí unos

emparedados y una cerveza. Sería toda mi cena. Quería esperar de nuevo a la noche, donde sabía moverme mejor, donde una persona acosada tiene más posibilidades de escabullirse al cerco que le rodea.

Tal vez Maxwell me vigilase. Quizás algún detective privado como el difunto Ormond me siguiera sin yo saberlo. Todos buscaban lo mismo que yo: doscientos cincuenta mil!

dólares en efectivo, en billetes viejos y sin numeración controlada.

Si Dinah los tenía en su poder, habría que decirles definitivamente adiós. Si no, habría de seguir buscando. Porque yo le dije la verdad a Maxwell. No sabía ni remotamente donde estaba ese dinero. Yo no lo había olvidado. Sólo que ni él ni nadie me creerían.

Quizá le condujese, después de todo, al escondrijo del dinero, si es que éste existía realmente. Deseaba tanto como él hallar ese cuarto de millón que tenía ya cinco años de vejez.

Y para ello, había trazado ya mentalmente mi plan de batalla.

Un plan que tenía un primer objetivo bastante difícil: mi ex cómplice en un atraco, Dinah Baker. Ahora, la respetable dama Dinah Jordan, esposa de un hombre rico y poderoso de River City.

* * *

Seguía teniendo las piernas tan bonitas como entonces.

Sólo que ahora, en vez de exhibirlas en un escenario o sentada en la barra de un club nocturno, a través de la abertura lateral de un largo vestido de noche, las lucía a plena luz de su pista de juego, con aquella faldita de tenis, aquellos blancos zapatos y los calcetines sobre el tobillo.

No jugaba mal, para llevar tan poco tiempo mezclada con la *high society* de River City.

Su raqueta pegaba con fuerza y colocación a la pelota, aunque a veces cometía fallos terriblemente ingenuos. Pero claro, ella no pretendía ser Fred Perry.

Al otro lado de la pista, un joven con aspecto de entrenador deportivo, devolvía pelotas sin demasiado entusiasmo. Evidentemente, aquello

formaba parte de su trabajo, y nada más.

Mí teoría se confirmó pronto. Dinah Jordan al correr tras una pelota algo más esquinada, sufrió una torcedura de tobillo y cayó al suelo. El joven contrincante corrió a atenderla, arrojando la raqueta al suelo de tierra batida.

—¿Se ha hecho daño, señora Jordan? —preguntó, solícito, saltando la red.

—No, no es nada, George, gracias —respondió ella, incorporándose y cojeando ligeramente al principio, para normalizar después su paso—. Es tarde ya. Puede irse, George. Estoy agotada.

—Como quiera, señora Jordan. ¿A la misma hora mañana?

—No. Una hora más tarde. Sobre las seis. Tengo cosas que hacer toda la tarde, y no estaré aquí hasta entonces.

—Bien, señora. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana, George.

El joven recogió sus cosas en una bolsa deportiva, y caminó hacia un vestuario cercano, del que salió poco después, ya duchado y vestido de calle, con su bolsa repleta. Cruzó la cancha iluminada por los dos proyectores de cruda luz desde la tapia de cemento, y salió

de la finca.

Yo me moví entonces hacia las duchas donde viera entrar a Dinah Jordan. Me había sido fácil localizar la suntuosa vivienda de los Jordan, y también entrar en ella, sin ser visto. Si un ladrón podía hacerlo tan fácilmente, mal veía la seguridad de los bienes que pudieran tener allí dentro.

Esperé fumando tranquilamente un cigarrillo, con la mirada fija en la pista de tenis alumbrada por la luz de los dos proyectores. Extrañas horas de hacer deporte las que tenía la señora Jordan.

Se abrió la puerta de la ducha. Dinah salía envuelta en una gran toalla de colores vivos, con el pelo chorreando agua. Al verme allí parado, lanzó un corto gritito de alarma. Las luces altas de la cancha debían dar a mi figura un aire inquietante, dejando mi rostro en la sombra, bajo el ala de mi sombrero flexible.

—¿Quién es usted? —casi gritó—. ¿Qué hace aquí?

—Calma, preciosa —la respondí suavemente—. No he venido a hacerte daño, ¿Es que ya olvidaste a tu querido Jake?

—¡Jake! —dijo mi nombre como si quisiera morderlo, y estuvo a punto de quedarse desnuda cuando soltó un extremo de la toalla. La recogió a tiempo, pero aún pude comprobar que seguía teniendo unos pechos preciosos y juveniles, duros como entonces, e igualmente erguidos—. Jake Fisher... ¡No es posible que seas tú!

—¿Tanto me ha envejecido la cárcel, amor? —caminé hacia ella, y la luz de aquellos malditos proyectores dio de lleno en mi cara ahora—, Claro que no es tan cómodo ni tan bonito como vivir en una casa así, pero aún me siento joven.

—Jake, es una locura... —musitó, mirando nerviosamente a uno y otro lado del jardín y de la cancha de tenis, angustiada—. Esta casa es de mi marido, hay criados dentro...

Además, he leído los diarios, he escuchado noticias por la radio. La policía te busca otra vez. Un homicidio...

—Sé todo eso, Dinah querida —sonreí duramente—, ¿Vas a delatarme a la policía?

—No digas tonterías. Yo nunca haría eso.

—¿De veras? —dudé—. ¿Quién lo hizo, entonces, cinco años atrás?

—¡Yo, no! —casi lloriqueó ella—. Estaba, tan metida en todo aquello como tú mismo...

—Pero saliste bien de ello. ¿Te ofrecieron la inmunidad a cambio de acusarme? No te vi en la sala del tribunal cuando me juzgaron.

—Jake, yo no hice nada, lo juro. No te denuncié, no colaboré con nadie para meterte entre rejas. Fuiste tú mismo, compréndelo. ¿Por qué mataste a Conrad, por qué te quedaste con el dinero?

—Vaya —suspiré—. Pensamos lo mismo el uno del otro. Yo creí que habías sido tú la que mató a Conrad y se quedó con la *pasta*, cariño.

—¡Eso es un disparate, Jake! —protestó ella, vivamente—. Jamás vi un dólar de ese dinero. Lo pasé muy mal, hasta que Elmer Jordan se fijó en mí y me hizo su esposa. Pasé miseria, hambre, dificultades.

Rechacé ser una prostituta de la pandilla de Renzo Gazzara... ¿Sabes que ese tipo es ahora el amo de casi todos los garitos de Lincoln Avenue?

—Sí, me he dado cuenta de eso. Estuve por allí ano che, ya lo sabes.

—Dios mío, Jake, ¿qué pasó con ese hombre, Cyril Ormond? Dicen que debisteis luchar

los dos. El era violento, duro... Veo que tienes la cara no sólo cambiada para no ser reconocido, sino, también llena de golpes, de señales... ¿Por qué matarle de un martillazo?

—No le maté. Pero tampoco maté a Conrad, y no sirvió de nada negarlo. Nadie va a creerme. Ni siquiera tú.

—Jake, han dicho que era un detective privado, que iba detrás tuyo... ¿En qué nuevo lío estás metido?

—Tengo la leve sospecha de que es el mismo lío siempre, el de entonces. Hay mucha gente interesada en ese cuarto de millón: una compañía aseguradora que lo desembolsó entonces para pagarle el robo a la compañía robada, un detective privado al que alguien sacudió duro con un martillo para echarme a mí el muerto encima, mientras yo recibía una paliza de manos de los gorilas de Gazzara. . E incluso tal vez tú misma lo busques, si es que no lo tuviste siempre. Pudiste ser quien pagó a ese Ormond para vigilarme al salir de prisión.

—No digas tonterías, Jake. Ahora no necesito aquel maldito dinero. Tengo cuanto quiero, y legalmente. Los viejos tiempos se terminaron para mí. Ahora soy una dama.

—Ya veo —me acerqué a ella y acaricié su hombro desnudo y húmedo con la punta de mis dedos. Noté que ella temblaba con un escalofrío. Como en los viejos tiempos, pese a todo lo que ella decía—. ¿Tanto han cambiado las cosas ya para ti? ¿Amas a tu rico esposo?

—Jake, no me toques —rogó ella roncamente, eludiendo mirarme. Pero respiraba agitadamente, y no se opuso a que mis dedos descendieran sobre la toalla, hasta apresar uno de sus bellos pechos—. No, Jake, no. Ahora, no...

—¿Cuándo, entonces? —sonreí, presionando aquella hermosa forma redondeada.

—No sé... —jadeó, alarmada— Otro día. Jake. Mi... mi marido está a punto de venir.

Trae consigo a un importante huésped a cenar. Es su invitado.

—¿Quién? ¿El Presidente de los Estados Unidos? —reí.

—El alcalde Derek. Cliton Derek. Un hombre importante para los negocios de Elmer.

—Y supongo que Elmer será importante para la reelección de Derek el año próximo —

comenté sarcástico.

—Sí, tal vez... Tienen intereses comunes, en cierto modo.

—El gran capital y la política. Financieros y alcaides... La misma porquería de siempre.

No sólo en Dinamarca olía a podrido.

—No te entiendo, Jake.

—¡Oh, cierto! Olvidaba que tú no tuviste cinco años de tiempo para leer a los clásicos en una biblioteca de una prisión. Deberías leer a Shakespeare. Vale la pena, cariño. El habla de pobredumbre y miseria, de corrupción y crimen.

—Elmer no está corrompido. Ni tampoco el alcalde Derek —protestó ella—. Sólo traían de pactar acuerdos beneficiosos para ellos y para la comunidad...

—¡Oh, claro! —solté una seca carcajada—. Conozco el truco. Tu Elmer querido compra unas tierras a bajo precio, y el alcalde declara esas tierras zona de urbanización preferente. El precio sube como la espuma. A cambio, tu Elmer moverá sus resortes para proporcionar a Derek un montón de votos capaces de asegurarle la reelección. ¡Política!

Es como un retrete, Dinah. Y tú estás metida ahora en todo eso...

—Soy sólo la anfitriona —se irguió ella, airada—. Vete ahora, Jake, te lo ruego. Están a punto de llegar, y yo debo arreglarme todavía... Te lo ruego, vete.

—Quería verte. Pero no tan poco tiempo.

—Mañana iré a verte. ¿Dónde estarás?

—¡Ah, no, no! —reí—. No te facilitaré las cosas para que me envíes a la policía.

—Jake, me ofendes —me miró ahora patéticamente—. Te juro que nunca haría eso...

ni lo hice entonces Huimos con el dinero, tú lo sabes. Conrad nos perseguía. Tú hablaste de ocultar el dinero y esperar a Conrad, y me hiciste alejarme del lugar. Conrad llegó. No sé más. Apareció muerto, y tú habías huido. Luego me buscaste, diciendo que yo tenía el dinero. Que lo había sacado del escondrijo mientras tú te ocultabas de Conrad, nuestro jefe. Y ahora, Conrad estaba muerto de un disparo y el dinero no aparecía. Quisiste pegarme para que confesara. Y yo huí, llena de terror.

—Y cuando te iba a perseguir, la policía cayó sobre mí. Eso fue todo —resoplé, con tono duro y amargo—. ¿Qué quieres que piense, en tal caso?

—No lo sé, Jake. Pero no me culpes a mí. Yo no lo hice. ¡Lo juro! ¿Dónde podríamos vernos en otra ocasión? Aquí peligras... y peligro yo también Elmer es muy celoso, entiéndelo...

—No te preocupes. Yo te seguiré mañana, cuando salgas de casa, aunque no me veas.

Me reuniré contigo cuando lo considere oportuno. Y hablaremos...

Quitó mi mano de su seno duro y firme, para rodearla ahora con ambos brazos y estrecharla contra mí. La mojada toalla, inesperadamente, se deslizó muslos abajo, y ella quedó totalmente desnuda, pegada a mí, temblorosa, estremecida.

En ese preciso momento, sonó la voz fría y áspera, procedente de detrás de unos setos inmediatos:

—¡Dinah!

Y un caballero alto, fornido, de cabellos grises e impecable traje oscuro, con corbata azul marino, asomó, mirándonos glacialmente con sus ojos color pizarra. En su mano empuñada una pistola automática de calibre 22.

No le conocía, pero supe en seguida que era el marido de Dinah, el

muy rico y poderoso caballero Elmer Jordan.

CAPITULO IV

Dinah Jordan y yo formábamos una pareja ridícula, como en los viejos melodramas en que los amantes son sorprendidos por el celoso marido dispuesto a matar a ambos en un arranque de honor ultrajado.

Ridículo, ciertamente. Pero no me gustó la forma en que Elmer Jordan miraba la desnudez aparentemente culpable de su esposa y luego a mi traje mojado por el contacto con su cuerpo húmedo.

—Elmer, deja que te explique... —suplicó ella roncamente—. No es lo que parece.

Estaba... estaba duchándome, me cubría con la toalla... y él... él me aferró con sus brazos al discutir. Cayó la toalla, eso es todo.

—¿Y quién es él? —me señaló con la pistola, que es un modo tan feo como inquietante de señalar. Sobre todo, para el señalado.

—Jake Fisher —me apresuré a decir cortésmente, como si todo aquello fuese una apacible reunión de sociedad—. Es un placer conocerle, señor Jordan, pese a estas circunstancias aparentemente equívocas.

—Fisher... ¿El asesino? —preguntó él sordamente.

—No, señor —sonreí—. El acusado de cosas que nunca hizo. Sólo eso.

—Ya se lo dirá al Fiscal del distrito. O al sepulturero —movió desagradablemente su pistola, reforzando esta última advertencia—. De usted depende.

—No me deja demasiadas opciones —me quejé.

—¿Qué esperaba? Podría volarle la cabeza aquí mismo, y justificarme ante los demás, diciendo que estaba clandestinamente en mi casa, intentando abusar de mi mujer, y una vez identificado, nadie se lamentaría demasiado por lo ocurrido, ni me pedirían cuentas de mi acto.

—Eso parecería un melodrama de otro tiempo, señor Jordan. ¿Llegaría a tanto?

—Eso debe decidirlo usted. Sea buen chico y entréguese. Si tiene un arma, no se le ocurra utilizarla, ni tan siquiera intentar empuñarla,

porque le mataría en el acto sin vacilar.

—¿Es capaz de matar, señor Jordan? Creí que los financieros sólo mataban por medios más refinados e indirectos, manteniendo siempre sus manos limpias de sangre, aunque en sus conciencias pesen millones de muertos.

—Muy ingenioso. Tiene usted sentido del humor, Fisher. Pero me temo que la policía no lo sepa entender demasiado, especialmente el teniente Latimer. Es un hombre muy duro. Yo diría que implacable con la gentuza como usted.

—Por supuesto —bostecé, mirando de reojo a Dinah, que se había vuelto a tapar su desnudez con la toalla, mirando alternativamente a su marido y a mí con una expresión preocupada y tensa—. Es para quienes guarda la policía sus malos tratos. Las personas decentes, como usted, el alcalde Derek o el proxeneta Gazzara, son gente honorable a todos los efectos, e incluso es posible que los honestos policías cobren un sobresueldo de todos ustedes.

—Está haciendo graves acusaciones, Fisher. Lástima que viniendo de un ex convicto que, además, está buscado por un segundo homicidio, esas palabras tengan tan poco valor práctico. Venga hacia acá con cuidado. ¿Lleva armas?

—Nunca las he llevado —dijo, dando unos pasos hacia él.

—Lo dudo. Recuerdo muy bien el asunto aquel del robo en la River Amalgamated, hace cinco años, porque yo era un buen cliente de esa empresa. Usted mató de un disparo de revólver calibre 38 al jefe del grupo de atracadores, Stuart Conrad, que fuera empleado de la empresa hasta que lo despidieron el año anterior al atraco.

—Tiene buena memoria, señor Jordan. Muy buena. Pero yo no maté a nadie. Ni robé el dinero.

—¿Va a negarme también que participó en el atraco? —rió él burlonamente.

—No, eso no lo niego —suspiré—. Hay gente que nace en pleno arroyo, con una familia tarada y un ambiente nefasto alrededor. Ese fue mi caso. Uno no aprende a distinguir mucho el bien del mal. Y cuando las cosas se ponen difíciles, cuando no hay trabajo y la guerra deteriora muchos conceptos sociales, uno hace cosas que no debiera. Pertenecía al *gang* de Stuart Conrad, nunca lo negué. Atraqué la empresa con él y los demás. Pero Conrad planeaba quedarse con todo

y burlarse de nosotros. Yo me anticipé a su propio juego. Sólo que otro se anticipó a todos nosotros, mató a Conrad y se llevó el cuarto de millón. Usted no va a creerme, ¿verdad?

—No, no le creo —me cortó, glacial—. Ni me convencen sus sermones de una vida difícil y un ambiente delictivo. Es un viejo cuento para justificar cosas injustificables, Fisher.

—Sí, la gente como usted acostumbran decir eso —moví la cabeza—, usted nunca conoció esos problemas. La gente de su clase, señor Jordan no necesita una navaja o un golpe de audacia para robar. Lo hacen con otras técnicas y con mucha más seguridad e impunidad, ¿no es cierto?

—Agotó mi paciencia, Fisher —estaba cerca de él, y me miraba aviesamente por encima de su automática negra y pavonada, tan fija en mí como sus malditos ojos grises de reflejo metálico—. Alce sus brazos y póngase de espaldas a mí, apoyado en ese muro.

Le registraré. Si intenta algo, le vuelo la cabeza sin vacilar, ¿está claro?

—Como el agua —reí, obediéndole—. Adelante, señor Jordan. Soy su presa fácil. Ni siquiera puedo resistirme...

Miré de soslayo a Dinah. Mis ojos eran como una angustiada demanda de ayuda, un mudo mensaje de auxilio que ella tenía que entender, si aquellos condenados años de vida confortable no habían atrofiado su astucia natural y su compenetración con los granujas como yo.

Era una chica estupenda, y no sólo por aquellas bonitas piernas, aquellos pechos adorables y aquel viejo esposo rico y honorable. Tal vez fuese también la asesina de Conrad y la ladrona del cuarto de millón, pero seguía siendo una chica estupenda, pese a todo.

Me entendió, y lo hizo con mucha inteligencia.

—¡Dios mío, Elmer, en esos setos...! —gimió asustada, cuando yo estaba de espaldas a su marido, esperando ser cacheado—. Juraría que hay alguien ahí...

—¿Qué? —él se volvió vivamente, dirigiendo su arma en esa dirección. Era mi oportunidad. Dinah había entendido mi demanda de ayuda y había hecho su parte. El resto era cosa mía.

Disparé mi pierna derecha, y mi zapato le alcanzó de lleno en la mano

armada. La

pistola voló de sus dedos. Pero, ¡maldita sea!, primero se disparó.

El estampido seco del arma coincidió con un chirrido de frenos ante la residencia de los Jordan. Escuché voces y carreras, mientras yo me volvía, veloz, saltaba como un felino hacia tierra y, antes de que pudiera intentar Elmer Jordan ninguna otra cosa, ya le estaba yo encañonando con su propia arma, todavía humeante.

—Ahora mando yo —avisé, sibilante—. Ni un movimiento, amigo Jordan, o las finanzas de River City estarán mañana de luto riguroso.

—¡Jake, no le hagas nada! —rogó patéticamente Dinah, muy en su papel, aunque yo estaba seguro de que ella sabía que no iba a disparar sobre su marido en modo alguno.

—No digas tonterías —murmuró, retrocediendo hacia los oscuros setos situados junto a la pista de tenis bien iluminada. Y traté buenamente de corroborar su coartada ante el marido—: No te equivocaste, encanto. Tengo un buen amigo esperándome y ha debido inquietarse por mi tardanza. Voy a reunirme con él ahora...

En ese momento, cuando yo iniciaba mi retirada, apareció la figura familiar del hombre que había visto en muchos pasquines de propaganda política, incluso en la penitenciaría.

Era Clinton Derek, alcalde de River City.

Y lo malo es que le seguían dos policías uniformados, provistos de revólveres en sus manos, sin duda alertados por el disparo que escapó del arma de Jordan.

—¿Qué mil diablos ocurre aquí, Jordan...? —comenzó preguntando, y se detuvo en seco al verme a mí bajo los reflectores del campo de tenis, pistola en mano.

Soltó una sorda imprecación y se apartó rápido, dejando frente a mí a los dos policías de su escolta. Éstos me contemplaron como si Dillinger hubiese vuelto a la vida, y por fortuna para mí, la sorpresa misma les dejó unos instantes inactivos.

—¡Es Jake Fisher, el asesino! —bramó entonces Jordan con voz digna de un cantante de ópera—. ¡Cazadle! ¡Doy dos mil dólares para quien le capture vivo o muerto!

Era un momento inoportuno —al menos para mí— para hacer oferta de recompensas.

Los policías, sin embargo, pensaban todo lo contrario. Porque cuando yo me precipité de un salto que ni el propio Johnny Weissmuller hubiese superado en su Tarzán cinematográfico, tras los setos del fondo, sus revólveres ladraron con aspereza, y sentí zumbas las balas por encima de mi cabeza.

Aun así, logré eludir el impacto de esos proyectiles y correr agazapado, huyendo de la cruda luz de la pista de tenis. No obstante tenía que cruzar un claro si quería llegar a la cerca posterior, y entonces me tendrían a tiro como si fuese un simple conejo sacado de la ratonera y rodeado de escopetas.

Alcé mi mano armada y disparé dos veces. Hubo un doble estallido, y los globos de luz de los reflectores de la cancha deportiva se extinguieron en medio de un chispazo azul violento. La oscuridad invadió el jardín. Yo corrí en zigzag hasta la cerca y la escalé.

Aun con todo eso a mi favor, me alcanzaron. Estaba ya arriba, a punto de saltar, cuando noté la mordedura feroz y caliente en mi carne. Los estampidos sonaban a mis espaldas, mezclados con juramentos de ira. Los sabuesos no querían perder su anunciada recompensa.

Tenía el balazo en un hombro. Podía notar cómo corría la sangre por mi brazo izquierdo, y éste me dolía cada vez más, como si me lo estuvieran arrancando en vivo. Si hubieran tirado un poco más bajo, ahora Jordan estaría pagando dos mil dólares por la

cabeza de un imbécil muerto. Y ese imbécil sería yo.

Corrí desesperadamente, tras saltar de la valla, pese a la herida. Los policías no me siguieron en esa dirección. Eran demasiado experimentados para cometer una tontería así. Les oí alejarse a la carrera. Pero era una impresión errónea. Yo sabía lo que iban a hacer: salir de la casa por la misma puerta por la que entraron, rodear el edificio y coserme a balazos en la alameda de la zona residencial.

Pero no contaron con algo que vino a favorecer mi desesperado esfuerzo por evadirme de aquel cepo mortal en que se había convertido la casa de Dinah y de su honorable esposo.

Un automóvil acababa de detenerse ante la cerca trasera de los Jordan, y un hombre y una mujer bajaron del mismo, manoseándose descaradamente. Las manos de ella desaparecían en los pantalones del

hombre, y las de él en su descote. Les oí jadear, y ella dijo:

—No, ahora no, Joe. Aquí no. Mi marido podría vernos, compréndelo...

River City era una delicia. Como todas las ciudades, supongo. Allí cada cual procuraba engañar a su cónyuge a la vuelta de la esquina. Pero eso sí, guardando las apariencias.

Con toda la moralidad del mundo.

Casi sentí ganas de reír. Aquella pareja de amantes estaba demasiado ocupada en su intercambio de caricias febriles para fijarse en mí o en cualquier otro. Ni siquiera debían haber oído disparos. Y si los oyeron, pensarían que eran neumáticos reventados o fuegos artificiales. Los hay así de imbéciles, palabra.

Me sujeté el hombro ensangrentado con la mano que empuñaba el arma. Rodeé a la pareja, que estaba demasiado absorta en sus manoseos para fijarse ni siquiera en mí y en mi reguero de sangre. Abrí la portezuela del otro lado, cautelosamente. Ya se oían las pisadas recias de los policías, cerca de la esquina inmediata. Miré al tablier.

Las llaves colgaban de! encendió, puesto que sin duda el hombre pensaba partir inmediatamente de allí. No dudé un momento. Me metí en el asiento, cerré la portezuela con suavidad, y puse el Coche en marcha. Luego, pisé el acelerador a fondo, y me lancé alameda abajo.

—Esta vez sí que la pareja salió de su abstracción amorosa, para empezar a dar gritos de alarma. El hombre incluso se soltó de su pareja, intentando frenarme, pero se retiró prudentemente sin intentar heroicidades cuando yo enfilé la recta de asfalto en pendiente. Le hubiese eludido sin atropellarle, pero no hizo falta. El tipo se tiró a la cuneta de setos y césped como si fuese un nadador buscando el agua de la piscina. La mujer no chillaba demasiado, sin- duda para que su marido no se enterase de que le estaban adornando la cabeza.

Pasé vertiginoso ante la esquina que ya alcanzaban los policías. Ellos se quedaron parados, vacilantes, sin saber si quien conducía el coche era yo o un tipo que huía de mí como del diablo. Esa duda me ayudó mucho, porque cuando pensaron en disparar contra mí, al oír las voces del dueño del vehículo, ya estaba lo bastante lejos para empezar a correr en zigzag, eludiendo el impacto de sus balas.

La noche me tragó, camino de la ciudad, y los malditos policías se

quedaron atrás, pero yo sabía que todo eso no significaba gran cosa. Hasta llegar al centro urbano tendría que salvar numerosos problemas. Los agentes de escolta del alcalde Derek se apresurarían a

telefonear a las patrullas para controlar los accesos a River City.

Era un buen coche, pero dentro de poco no valdría de nada. Su dueño daría sus datos, descripción y matrícula, y sería como viajar a lomos de una cebra intentando pasar desapercibido en plena ciudad.

Disminuí la velocidad del coche a la altura de un motel situado casi a la entrada de River City. Miré la hilera de coches aparcados ante el edificio donde parpadeaba un luminoso de un verde lívido.

Sonreí, a pesar de que el hombro me dolía endemoniadamente y tenía la chaqueta y la camisa empapadas de sangre. Frené el coche tras unos árboles y lo dejé allí oculto, saliendo del vehículo tambaleante. Cuanta más sangre perdía, más débil iba sintiéndome.

Llegué a los coches aparcados. Ninguno tenía, lógicamente, las llaves de contacto puestas. Hubiera sido como pedir un milagro. Pero logré abrir la portezuela de uno de ellos, mal ajustada, y el resto ya me fue fácil.

Confeccioné con rapidez un puente, y subí al nuevo coche, que puse en marcha, saliendo cautelosamente del aparcamiento sin que nadie asomara para advertirlo. Momentos después, corría velozmente por la carretera, logrando entrar en River City sin que los patrulleros con quienes me crucé pensaran siquiera en detenerme, puesto que el nuevo coche robado no se parecía en absoluto ni en color, modelo, marca o matrícula al primer vehículo requisado en mi fuga.

Cuando lo encontraran abandonado cerca del motel, ya estaría yo en pleno centro de la ciudad. No sabía dónde, pero en alguna parte. Porque no me sentía ya con ánimos para conducir el coche hasta el mote! donde Maxwell me alojara la noche anterior. Estaba demasiado lejos.

Bordeé los *docks* del río, y vi las luces de Lincoln Avenue, con su ambiente populoso de la noche. Respiré hondo. Si había de irme al infierno de una maldita vez, aquel era el lugar más adecuado para hacerlo satisfecho.

Reduje la velocidad y me metí por Lincoln a poca marcha, mirando los anuncios luminosos, dos escaparates y vidrieras con anuncios de *shows* nocturnos, *burlesques*, *strip-teases* y todo lo que formaba el gran

espectáculo de la madrugada.

Detuve al fin el coche entre una cerca y un anuncio iluminado donde se hacía propaganda de una nueva urbanización, Posiblemente algún chanchullo más de la gente como Elmer Jordan y el alcalde Derek, pensé.

Miré atrás, al asiento posterior del coche robado. Aquello parecía providencial. Un detalle más de mi buena fortuna en las últimas horas, dentro de la desgracia que me acosaba por doquier.

Allí había ropa del dueño del coche, sin duda alguna. Una chaqueta, un suéter, camisas... Tal vez había salido poco antes de una lavandería. Todo iba dentro de fundas de plástico, con perchas de madera.

Salí del coche, tras comprobar que nadie circulaba por las proximidades. Si daba un solo paso con mi chaqueta y camisa llenas de sangre, sería como ir a entregarme en brazos de una pareja de policías.

Me despojé de camisa y chaqueta. Miré mi hombro. No tenía un aspecto demasiado feo, pero por el boquete hecho por Ja bala salía aún bastante sangre. Sin duda, el proyectil aún estaba dentro, el muy bastardo.

Me sequé como pude con la camisa sucia de sangre, y luego apliqué un tapón con jirones de la misma, añadiendo encima un improvisado vendaje a base de tiras de una de las camisas nuevas del dueño del coche.

—Lo siento, amigo —refunfuñé entre dientes—. No puedo hacer otra cosa...

Me puse una camisa limpia, y encima la chaqueta del otro. Me quedaba grande y larga, pero valía para la ocasión. La camisa volvió a teñirse de rojo sobre el hombro, pero muy levemente esta vez. Si aguantaba así un tiempo, tal vez nadie notase nada. Dejé mis ropas sucias en el coche, recogí mi cartera y la pistola de Jordan, que guardé en los bolsillos, y me aparté del coche, que pronto empezaría a ser buscado por toda la ciudad. Antes tuve un rasgo de honradez con el pobre dueño del coche: un billete de veinte dólares se quedó sobre el asiento, junto a las ropas sucias y la camisa y pantalón limpios que aún quedaban. Esperaba que compensara en parte de su enfado al buen hombre a quien desvalijara.

Caminé por Lincoln, bajo las luces parpadeantes y esplendorosas. De alguna parte, me llegó la musiquilla de *Laura*, aquella película de Preminger que yo había visto en una sesión cinematográfica en la penitenciaría. Me gustaba el tema de *Laura*, pero no me sentí ahora con ganas de ponerme a saltar de gozo al oírlo, Mi debilidad era manifiesta, mis pasos inseguros, y de vez en cuando me pasaba una especie de bruma por delante de los ojos, que diluía las imágenes en mi retina.

—Si sigo así, terminaré sin vida en medio del asfalto —gruñí, sujetándome a una pared, al lado de una vidriera donde unas chicas desnudas anunciaban un espectáculo de *strip-tease* muy atrevido, según la publicidad.

Y, de repente, vi aparecer ante mí a una pareja de policías en su lenta y tranquila ronda. Venían directos hacia mí. No podía eludirlos, o sospecharían de mí. Y si pasaba a su lado, existía un terrible riesgo. Por debajo de la chaqueta empezaba a notar la humedad viscosa y caliente de la sangre que mojaba mi camisa.

Si ellos lo veían... estaba listo.

Y para colmo de males, se me doblaron las rodillas. Empecé a caer. Y no podía evitarlo en absoluto. Los agentes me vieron. Se miraron entre sí, y luego emprendieron rápidamente el paso hacia donde yo estaba. Vi sus rostros, duros e inexpresivos. No me gustó su aspecto. Seguramente yo tampoco les gustaba a ellos.

Traté de incorporarme, pero no me era posible. Tosí, y noté que fluía más sangre de mi hombro. Maldije todo lo habido y por haber, pero eso no arregló nada.

Los policías estaban ya cerca, muy cerca. Todo se iba a ir al diablo de un momento a otro. Esta vez no podía escapar. Puse una rodilla en tierra. No tardaría en poner la otra.

Estaba a punto de caerme redondo.

CAPITULO V

El brazo de la mujer se enroscó al mío inesperadamente. La voz, melosa, lo bastante alta como para que los agentes la oyeran, me interpeló, entre cariñosa y llena de reproches:

—¡Oh, Jim, ya está bien! Siempre igual. ¿Es que no puedes dejar nunca de beber, ni siquiera cuando yo doy media vuelta durante cinco

minutos? ¿Eres incorregible!

Otra mano me aferró por el hombro opuesto, y para mi asombro, una perfecta desconocida me alzó casi en vilo, con sorprendente fuerza y energía, ayudándose para ello en el muro inmediato, y trató de arrastrarme hacia una puerta situada justamente después del *burlesque* vecino.

Los policías redujeron inmediatamente el paso. Se quedaron vacilantes, mirando con perplejidad a la mujer, que se echó a reír, mientras me arrastraba a viva fuerza.

—Ya veis, muchachos —dijo—. ¿No es para enfadarse? Con una chica como yo, y prefiere beber hasta caerse hecho un fardo. Vamos, Jim, no hagas más el ridículo.

—¿Te ayudamos, encanto? —preguntó uno de los policías.

—No, no hace falta. Este bastardo pesa poco, ¿no veis lo flaco que está? Y todo eso es por comer poco y beber demasiado, ¡maldito bastardo! ¡Adelante, Jim, sigue hacia casa o terminare enfadándome contigo!

Traté de ayudarla en aquella farsa para mí inexplicable, aunque no entendía una sola palabra ni había visto jamás antes de ahora a aquella rubia de curvas llamativas y grandes ojos claros que, enfundada en un llamativo traje rojo de satén, parecía la propaganda del sexo en su más pura expresión.

—Por favor, querida... —traté de dar a mi voz un tono estropajoso, digno de un borracho redomado—. Compréndelo, tenía sed... Tú sabes lo que es... tener sed...

—Sé, sobre todo, lo que es tener sed cuando la tienes *tú* —me reprochó, en una interpretación digna de Bette Davis o de Ingrid Bergman, aunque físicamente se parecía más a Lana Turner o a Betty Grabe—. Vamos, vamos, no me hagas enfadar más aún, Jim, que empiezo a estar harta de ti.

—Así son los tipos —suspiró el otro policía, sintiéndose filósofo el muy imbécil—. Con una fulana así, con ese culo y esas tetas... ¡y el muy estúpido prefiere emborracharse! No hay justicia en el mundo, Dave.

Meneó la cabeza y, al ver que la rubia podía conmigo fácilmente, y me estaba introduciendo ya en el portal escogido, siguió con su

compañero calle, abajo, sin preocuparse más de mí ni de la despampanante mujer a quien yo no conocía de nada y, sin embargo, acababa de salvarme de una situación límite sin remedio posible.

—Que el diablo me lleve si lo entiendo —balbuceé al verme dentro del portal con la chica, y una alta escalera empinada delante nuestro—. ¿Quién diablos es usted, preciosa, y por qué hace eso?

—Cállese ahora —me cortó ella vivamente, mirando hacia el exterior un instante, para comprobar que los policías se habían alejado de modo definitivo—. Tenemos que llegar arriba para que esté a salvo, ¿lo entiende bien?

Asentí, mirando las escaleras como si fuesen el Himalaya. Ella entendió mi gesto.

—No tema. Le ayudaré. Ya ha visto que soy fuerte.

—Sí, ya lo he visto —asentí—. De todos modos, haré lo posible por subir, no tema.

—Pues adelante. Vamos ya.

Y cerró la puerta vidriera tras de sí, empezando a escalar conmigo aquellos interminables tramos de escalera, camino de alguna parte que yo no sabía cuál era, pero que al menos me permitiría descansar y recuperar fuerzas, a menos que aquella rubia explosiva me condujera a una trampa. Y tal como me sentía ahora, todo me daba igual.

Fue trabajoso, duro. Muy duro, maldita sea, Pero lo conseguí. O lo consiguió ella, no lo sé a ciencia cierta.

La verdad es que, finalmente, me encontré en un apartamento modesto y limpio, situado encima de algún ruidoso local nocturno. La música de trompetas y trombones de varas a la usanza del sonido Glenn Miller, aunque mucho peor tocado que por el maravilloso Glenn, naturalmente, llegaba allí a través de los tabiques con tanta claridad como si estuvieran metidos en él cuarto de baño, dedicándonos un homenaje musical.

Estaban tocando *Patrulla Americana* cuando ella me tendió en un sofá amplio y confortable. Y cuando atacaban algo parecido a *Jarrita Marrón*, ella ya había rasgado mi camisa y estaba examinando mi herida.

—Está bastante fea —comentó preocupada, mirándome a la cara muy

de cerca.

—Lo sé —subí mis ojos desde sus hermosos pechos hasta sus ojos color azul oscuro.

—Pero no creo que me vaya a morir de esto, a menos que me dé la gangrena, ¿no, preciosa?

—No digas tonterías —sonrió ella—. Voy a limpiarte eso. Si tienes la bala dentro, tendré que hacerte daño, pero no hay otro remedio.

—¿Seguro que saldré vivo de tus manos? —dudé.

—Si te dejo así es cuando peligrarás. Y no puedes ir a un hospital. La policía está dando tu descripción a cada momento en boletines emitidos por radio, Jake Fisher,

—Vaya, me conoces bien, ¿eh? Y aun así, me has traído aquí delante de los polizontes, con riesgo para tu libertad si ellos descubren que me estás encubriendo. Y hasta con riesgo para tu vida, si yo resultara ser verdaderamente un asesino.

—Sé que no puedes ser un asesino. En cuanto a la policía, me tiene sin cuidado. Tenía que hacer esto por ti. No siempre se ganan fácilmente doscientos dólares.

—¿Doscientos? —enarque las cejas, mirándola fijamente—, ¡Ah, vamos! La buena samaritana tiene un precio, ¿eh?

—Todo el mundo lo tiene, amigo —rió ella, desdeñosa—, Yo también. Y no siempre es tan elevado, por desgracia.

—¿Quién te pagó eso para ayudarme?

—No me dijeron que te lo ocultase —ella se encogió de hombros—. Un tal Ralph Maxwell. Dijo que es buen amigo tuyo.

—¿Amigo mío? —reí huecamente—. ¡Seguro! Le gustaría verme con la soga al cuello, pero sólo después que le haya conducido hasta el dinero.

—¿Qué dinero? ¿Ese que dice la radio que robaste una vez, tras matar a un tipo llamado Stuart Conrad, metido en asuntos de atracos y de robos?

—Eres una chica con un oído y una memoria envidiables —gruñí asintiendo—. Sí, eso mismo. ¿También te paga Maxwell para que

hagas de cirujano?

—No. Pero no puedo dejarte aquí y largarme a trabajar, esperando volver y verte sin

vida, desangrado en mí apartamento.

—Claro, eso estaría feo. Incluso podría estropearte los muebles —comenté, sarcástico—. Oye, preciosa, ¿en qué trabajas tú?

—¿Es que no se nota? —hizo un gesto ambiguo—. Soy prostituta. Me acuesto con los tipos por dinero.

—Vaya, eres la primera que lo dice así, tan a lo crudo —comenté—. ¿No hay otra forma de decir las cosas que suene un poco mejor?

—¿Para qué? Al final, significan lo mismo, digas lo que digas —se mofó ella con una risita que, sin embargo, me sonó bastante falsa—. Ahora cállate un poco. Voy a tratar de curarte y limpiar esa herida debidamente. Que Dios me ayude.

—Amén —rogué con fervor—. Una última pregunta, encanto...

—Oye, ¿qué es esto? ¿El *tercer grade*, Fisher?

—Sólo una, por favor.

—Bien. Hazla de prisa. Tu herida urge bastante.

—¿Cómo te llamas?

—¿Es eso? —soltó una breve risita—, Betty Grayson. ¿Te gusta?

—No está mal. Betty.. Sí, me gusta. Esmérate, Betty. No tengo más pellejo que éste, después de todo.

—Sí, eso empezaba a imaginarme —sonrió, haciéndome tender boca arriba.

Comenzó a lavar la herida. Me produjo un dolor endemoniado, pero eso no fue nada, comparado con el momento en que empezó a rebuscar dentro del boquete con unas pinzas quemadas a !a llama de una cocina de gas, y lavadas luego con alcohol puro.

Para no gritar, tuve que morder una toalla que me prestó. La dejé como si hubiera sido un tiburón el que estaba en su casa. Pero pude dominar así los gritos y el dolor, hasta que ella exhibió triunfalmente

ante mis turbios ojos un trozo de maldito metal aplastado, que hasta entonces se alojara en mi hombro.

—Aquí lo tenemos —dijo en tono radiante—. El proyectil ya está fuera. Ahora desinfectaré la herida y la, taponaré, poniendo un apósito limpio. ¿Por qué no duermes, Fisher?

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Trabajo en el *Tropicana*. Tengo que bajar pronto, o Gazzara me enviará a buscar. Y

eso no te conviene a ti, muchacho.

—¿Gazzara? —torcí el gesto—. ¿Trabajas para él?

—Sí, aquí o trabajas para él, o para nadie. Lo controla todo. Sus matones están en todas partes.

—¿Por qué te metiste en este lío? No pareces una chica de esa condición, Betty.

—Vine a River City en busca de oportunidades —soltó una carcajada tan agria como una botella de vinagre puro—. Ya ves qué oportunidades dan a una esta asquerosa ciudad. Aprendí danza y solfeo en una academia de provincias, con esa idea, cuando llegue aquí, todo parecía fácil. Gazzara me contrató para el cuerpo de baile de sus locales.

Sólo después descubrí que tal cuerpo de baile no existía y era sólo un grupo de ramerías a su servicio. Quise marcharme, y me amenazó con denunciarme por incumplimiento de contrato y meterme en chirona por una temporada. Tiene un oficial de policía amigo suyo, y un politicastro importante tiene parte en sus negocios. Lleva siempre las de ganar,

¿comprendes?

—Sí, claro que comprendo. Esta ciudad es un vertedero, Betty. Todo huele a podrido.

—Todas las ciudades son iguales. Lo cierto es que si no quiero ir a la cárcel, debo hacer lo que él dice. Es decir, acostarme con los tipos por una tarifa fija, de la que él se lleva el setenta y cinco por ciento.

—¡El muy hijo de perra! —farfullé, mirando con verdadera pena e

indignación a la muchacha de provincias que había creído que River City era una especie de Jauja maravillosa—. ¿Cuánto tiempo llevas así, Betty?

—Eso es gracioso —rio ella—. Empiezo esta noche.

—¿Qué?

—Empiezo hoy. Al ver que estaba entre la espada y la pared, procuré caerme por una escalera, y el médico me dio la baja. No pude bajar a trabajar más, y él se quedó a la espera. Dijo que si intentaba burlarle, la próxima vez no me caería sola por las escaleras, sino que me arrojarían sus esbirros y me romperían la crisma. Esta noche tengo ya el alta médica. Tengo la obligación de ir allí, me guste o no, y empezar mi carrera de furcia, Fisher.

—¡Maldita sea...! —gruñí malhumorado—. Oye, una pregunta más.

—Siempre dices lo mismo. ¿Por qué no descansas? No paras de hablar.

—¡Al diablo con eso! ¿Cómo conociste a Ralph Maxwell?

—Es un cliente del *Trocadero*. Muy generoso. Me invitó sin pedirme nada a cambio esta misma noche. Dijo que era probable que volvieses por aquí, y me mostró una fotografía tuya, dándome los doscientos *pavas* y pidiéndome que te ayudara a huir de la policía si tenía ocasión. Yo vigilé, hasta que te vi. No era difícil reconocerte.

—Ese Maxwell se las sabe todas. Incluso imaginó lo que yo haría después de huir de los gorilas del alcalde Clinton Derek...

—¿Derek? Ese tipo creo que es el socio secreto de Gazzara en los clubs nocturnos y la prostitución. Eso dicen las chicas, al menos...

—No me sorprende mucho. ¡Aquí todos están podridos hasta los huesos, maldito hatajo de cerdos! De ese modo, Gazzara tiene seguro su feo y sucio negocio... —encajé las mandíbulas de tal modo, que sonaron como un cascanueces, y Betty me miró asombrada—. No bajes a ese local, Betty. No te dejes corromper como los demás.

—¿Y qué quieres que haga? —se lamentó ella, moviendo pesarosa su rubia cabecita teñida, al estilo de las *starlets* de Hollywood, que imponían la moda, sobre todo en chicas como Betty Grayson—. No tenso elección posible. Sería la cárcel, la paliza... o la cara desfigurada. ¿Sabías que una chica del *Tropicana* llamada Marilyn Miller se rebeló una vez contra Renzo Gazzara, le insultó en público y

se fue del negocio? No se la ha visto nunca más por ninguna parte. Gazzara y sus *gorilas* aseguran que se largó a su pueblo natal a criar vacas. Las chicas creen, por el contrario, que debe reposar en el fondo del río, con un bloque de cemento en sus bonitas piernas. No me gustaría terminar así, Fisher.

—No, claro —sonreí mirándola con cierta tristeza impotente—. Esa es la suerte que debería correr el maldito bastardo de Gazzara. Y también unos cuantos politicastros de esta maldita ciudad. Pero no tú. Betty Grayson. O las chicas como tú, que confían en los demás que creen que el mundo es limpio y honesto, y se encuentran en un cenagal

apestoso, donde todo es simple basura.

—No sigas hablando. Puedes fatigarte demasiado. Debo dejarte, Jake.

—Sí, lo entiendo muy bien. ¿Podría localizar en alguna parte a Maxwell? Eso es lo único que me bastaría. Te prometo que luego me dedicaría a dormir mientras tú te vas a tu trabajo de esta noche.

—¿Me das tu palabra de que realmente lo harías así, Jake? —dudó ella.

—Te di mi palabra. Soy una rata miserable, pero nunca falto a una promesa. Y menos a una chica como tú.

—Yo sólo soy una ramera. Empezaré a serlo esta noche. Y a las chicas de esa clase se les hacen siempre promesas que nunca se cumplen —sonrió tristemente, mirándole luego con aire abstraído.

No sólo su mirada era triste. Toda ella lo era, en realidad. Tenía motivos para ello. Jira una pobre chica aplastada por muchas cosas. Y le iba a tocar soportar todavía más. Eso, o el río y el cemento en los pies o una cadena envuelta a su cuerpo. O el rostro marcado para siempre. Yo conocía a la gente como Gazzara. Había muchos como ellos. Los habrá siempre. Son simples hijos de zorra, pero sobreviven. Y, lo que es peor, no dejan sobrevivir a los demás.

—Tú eres Betty Grayson, la chica que me sacó de manos de dos polizontes. Eres la chica que me extrajo la bala y me desinfectó la herida. Eres la chica que me ha metido en su casa y se juega el tipo con gentuza como Renzo Gazzara y sus influyentes amigos políticos.

Eso me basta, no lo sé. Ni quiero saberlo. Es a esa Betty Grayson a quien hago la promesa, no a la otra. Y cumpliré mi palabra. Dime, por favor. ¿Sabes cómo puedo localizar a Ralph Maxwell lo antes posible?

—Sí. Tengo un número telefónico —sonrió ella, incorporándose—. Espera, le lo traeré en seguida, Jake. Es todo lo que sé de él. Eso... y doscientos pavos en metálico.

Esperé. Regresó de su dormitorio con un pequeño bloc de notas, de donde arrancó una hojita y me la tendió. Miré el número. Ella me alargó, en silencio, un teléfono que reposaba en la cercana mesita de centro. Marqué el número, tras una mirada de gratitud a la chica.

Al otro extremo del hilo, repiqueteó un timbre. Esperé. Siguió repiqueteando. Pero nadie lo tomó. Nadie respondió.

Colgué, con un suspiro. La miré, sonriendo.

—Té di mi palabra —dije—. No tienes la culpa de que él no esté, preciosa. Ya voy a intentar descansar. ¿Complacida?

—Sí —me sonrió dulcemente—. Gracias, Jake. Nadie te molestará. Si yo bajo al club, no hay problema.

—Sí, claro —giré la cabeza para no mirarla. Oí sus pisadas, camino de la salida, y no me pude contener. Hice una pregunta absurda. Y penosa. Tal vez hiriente también—: ¿Qué se siente, Betty?

Su taconeo se paró cerca de la salida. Hubo un silencio. Yo seguía sin mirarla, de cara al respaldo del sofá. Creo que ella me estaba mirando. Tenía todo el aire de ser así, y no creía equivocarme.

—¿Qué se siente cuándo? —quiso saber ella—. ¿Ayudando a un fugitivo de la justicia, y metiéndole en casa?

—No —negué—. Yendo a acostarse con unos tipos por dinero.

Otro silencio. Le hacía daño. Pero necesitaba saber su respuesta. Me llegó dolorida, casi llorosa, pese a su frialdad:

—No lo sé. Te contestaré mañana, Jake. Aún no he empezado mi carrera en River City.

Luego, la puerta dio un golpe seco. Se había ido.

Me sentía cansado. Triste, roto, dolorido. La herida palpitaba penosamente. Tenía algo de fiebre. Pero también tenía ira. Y rabia. Y algo más que no sabía lo que era. El sueño, si existía, se había evaporado.

Me incorporé. Había cigarrillos en la mesita de centro. Ella había

dejado allí un paquete de Chesterfield a medio usar. Y fósforos de un club nocturno. Leí las letras verdes sobre un fondo negro brillante: *Tropicana*. Sentí un espasmo en el estómago, y algo parecido a la náusea. No por mí, sino por la chica rubia de las preciosas formas y las manos dulces.

—¡Cerdos...! —mascullé—. Son todos unos hijos de perra.

Recordé la paliza en el callejón, a manos de esbirros de Gazzara. La forma insolente en que me despidió aquel tipo, Harry Coolish, que se creía alguien en el *Blue Sky*. Este era también un negocio de Gazzara. Todos los garitos de Lincoln Avenue lo eran, maldito fuese el hijo de mala zorra.

Me puse en pie. Esto no era lo que le había prometido a la chica, pero me tenía sin cuidado. Sabiendo lo que ella iba a hacer para engordar la cuenta corriente de otro y ayudar a que también crecieran las cuentas de unos cuantos politicastros sequerosos, de los que tanto abundan en el mundo, *no* podía cumplir promesa alguna. Iba contra mis principios. Y aunque éstos no eran demasiado honorables, cada fulano tiene su propio sentido de la moral y de la vergüenza ante ciertas cosas.

Caminé hacia la puerta del aquel dormitorio donde ella entrara antes, sintiendo que el agujero de mi hombro me dolía endemoniadamente, pero no tanto como el alma, al pensar de lo que eran capaces algunos para explotar a una pobre chica de provincias.

Como había imaginado, no tenía ni una condenada camisa de hombre, pero sí una especie de grueso suéter de lana con cuello, que a ella debía irle muy ancho —excepto en la parte delantera de su torso, donde me ganaba de calle—, y que a mí se me encajó bastante bien.

Luego me dirigí a la salida del apartamento, pero antes de decidirme a salir, opté por tomar de un estante unas gafas de sol de Betty Grayson, que podían pasar de noche por las de un hombre algo extremado de gustos. No tenía arma alguna, pero pensé que debía de llevar alguna para lo que pretendía.

Un recorrido de todo el apartamento, me mostró las escasas posibilidades de agenciarme una en la casa. Al final, elegí dos: un hermoso cuchillo de cocina de hoja triangular y afilada, ideal para cortar carne, y un hacha no muy grande, de plateada hoja y mango azul esmaltado, tal vez adecuada para trinchar huesos, pero no para mucho más.

Esperaba que con tan precario arsenal pudiera salir vivo del lugar adonde me dirigía.

Ese lugar era el *Tropicana*.

Y mi objetivo inmediato, evitar que prostituyesen a una desconocida muchacha rubia, de ojos azul oscuros, con aire de vulgar *starlet* de Hollywood, y que aquella noche iba a debutar como prostituta bajo el control y autoridad de Renzo Gazzara, el amo de tan saneado negocio en River City, bajo la protección y ayuda de determinados políticos importantes de la ciudad.

* * *

Betty Grayson se quedó del color del papel. Pero del papel de escribir, antes de poner una sola letra en él.

Estaba tomando un combinado con un tipo gordo, fofo y sudoroso, cuando yo entré y ella me vio. Una orquestina vulgar, intentaba hacer creer a la gente que lo que estaba tocando era *Stormy Weather*, pero imagino que entre los clientes del *Tropicana* no había suficiente imaginación para llegar tan lejos.

La vi derramar parte de la bebida sobre su descote y sobre la mano gordezuela y viscosa del tipo, que gruñó algo soez y casi le pegó un bofetón al ver que la mancha le llegaba a los puños de su camisa color crudo, con ostentosos gemelos de oro.

Yo avancé decidido hacia su mesa, y sin muchas contemplaciones, aferré al tipo gordo por su hombrera llena de guata, alzándole casi en vilo. Le escupí unas palabras que el fulano escuchó casi en trance:

—Miré, muchacho; será mejor que piense en largarse cuanto antes. Esta es mi chica, y al que la toque le abro en canal, ¿está claro?

Evidentemente, para el que le había estado manoseando obscenamente los pechos, mis palabras eran de una claridad meridiana, porque pegó un respingo, se incorporó, poniéndose rojo como un pimiento y me replicó, aturdido:

—Claro, claro... Yo no sabía... Ella no me dijo... Le ruego me disculpe, señor...

—Está disculpado, hermano —sonreí compasivo—. Hoy me siento generoso con los demás. Dé gracias a eso, porque de otro modo las

cosas hubieran rodado mucho peor...

Para usted, claro está.

Se alejó como si llevara un cohete incrustado en el culo. Me hizo reír, a pesar de que el hombro empezaba a dolerme, y temí que bajo la gruesa lana del suéter de Betty Grayson, el agujero empezase a sangrar de nuevo.

—Jake... —ella me miró, mortalmente pálida, con sus ojos azules muy grandes y temerosos—. ¿Qué es lo que has hecho? Ese hombre era buen cliente del local,...

—No importa. Es uno de esos cerdos. No podía soportarlo, Betty. Vamos de aquí, pronto.

—¿Te has vuelto loco? —me miró angustiada, mientras el hombre gordo desaparecía tras unas cortinas—. Además de cliente, es amigo de Tony Morano, el primer esbirro de confianza de Renzo Gazzara... ¡Eso significa nuestra perdición! ¡La de los dos, Jake! ¿Es que no lo entiendes? Saben que tú eres un convicto, yo una fulana contratada por él...

—La prostitución es ilegal en los Estados Unidos. Nadie puede contratarte como ramera, Betty.

—¿Y a quién le importa eso? —se irritó ella—. Llámalo como quieras, se hace prostitución tolerada. Los *gangs* llevan el negocio. No puedes convertirte de repente en la Pimpinela Escarlata y tratar de salvar a todo el mundo del peligro, sin que la guillotina funcione para ti también. El negocio está montado así, y así ha de ser, nos guste o no. Las personas como tú o como yo estamos marginadas, no tenemos fuerza ni poder para hacer oír nuestra voz, Jake...

—Me ha gustado eso —reí—. ¡Pimpinela Escarlata! El héroe que salvaba a las víctimas del Terror... No, no tengo madera de héroe. Más bien creo que soy todo lo contrario.

Pero si la Revolución pretendía ser justa, no lo fue absolutamente. Tampoco lo es la democracia de los países libres como el nuestro. Esta hermosa democracia de que alardeamos, no es más que la bella máscara de muchas podredumbres y suciedades inconfesables. Políticos, policías y gentes de negocios medran en medio de ese basurero que es la América libre de nuestros sueños, Betty. Detrás de todo ello, hay un Renzo Gazzara, un alcalde Derek o incluso un senador corruptor. Sí, me gustaría acabar con todo eso, pero no soy la

Pimpinela Escarlata de nuestro tiempo. Sólo soy un hombre furioso.

Furioso de que se pueda corromper a una chica y hundirla en el fango más fétido, con el pretexto de un contrato de trabajo estrictamente legal. No lo tolero, Betty. La chica que me sacó a mí de un buen lío y me quitó un asqueroso trozo de metralla del cuerpo, no puede correr hacia el abismo sin nadie que la eche una mano.

—Jake, cualquiera diría que eres un reaccionario... —rió la joven.

—Es que lo soy. Tiene que haber poder de reacción frente a las miserias, tanto del pueblo como de los gobernantes. Nadie demuestra ser mejor que el otro, porque Gazzara y otros como él forman parte de ese pueblo que se dice justo. Pero no estamos hablando de política, sino de ti y de mí solamente. Vamos de aquí, pronto.

—Eres increíble, Jake. Debería censurarte que faltases a tu palabra y abandonarás mi casa. Y, sin embargo, me enorgullece que lo hicieras por mí... Pero mira allí. Todo esto es inútil. Van a hacernos pagar caro nuestro afán de rebelarnos contra lo injusto...

—Ya veo —miré adonde ella señalaba. Por la misma cortina por donde hiciera mutis el tipo gordo y fofo, aparecían ahora dos tipos con aire de matones, antiguos y pugilistas sin duda, de orejas aplastadas, nariz de cartílago roto y rostro estúpido y torpe, pero músculos duros y desarrollados como los de un animal salvaje. Vestían *smoking*, pero era como si hubieran puesto esas prendas a dos caballos. No les sentaba mucho mejor.

Nos miraron con ojos estrechos y malévolos, como complaciéndose en el brutal escarmiento que iban a darnos a los dos. No me preocupaba ya por mí, sino por Betty Grayson, a quien mi actitud quijotesca había metido en este lío.

Un hombre moreno, alto y delgado, de facciones afiladas y ojos negros como cabezas de alfiler, había asomado tras el mostrador, con un *smoking* tan impecable como de lamentable se veía el de sus esbirros.

Eran Renzo Gazzara, sin duda. Iba a ser espectador de excepción de la paliza que sus *gorilas* pensaban darme, antes de llevar de nuevo a Betty al *buen* camino, quizás con un puñado de bofetadas como propina *cariñosa* por su momentánea debilidad.

—¿Y ahora, qué, Jake? —me preguntó ella en un murmullo medroso —. Van a aplastarte. Y luego la emprenderán conmigo... ¿Por qué lo hiciste? Ha sido hermoso, pero inútil. No valía la pena intentarlo. Aun

así... gracias, Jake. Nunca lo olvidaré.

—¡Tonterías! —gruñí con un lado de la boca—. Estáte alerta. Vamos a salir de aquí en un momento. Y para no volver más, a menos que nos traigan muertos. ¿Estás dispuesta a jugarte el todo por el todo?

—¿Para qué, Jake? —se lamentó Betty amargamente—. Tendré que volver aquí, quiera o no. Y entonces aún será peor...

No dije nada de momento. Los tipos se aproximaban, cerrándonos las dos salidas

posibles hacia la puerta del *Tropicana*. Yo no me sorprendí en absoluto. Esperaba algo así desde que les vi aparecer. No tenían demasiada imaginación.

—No volverás nunca aquí, Betty —le dije—. Tienes mi palabra.

—¿Puedo creer en ella después de lo de esta noche? —dudó ella.

—Esta vez, sí —afirmé—. Incluso sería capaz de casarme contigo para sacarte de un infierno semejante, Betty Grayson.

—¡Jake! —le oí exclamar, atónita—. ¿Es que te has vuelto loco?

No sé si me había vuelto loco. Pero los esbirros de Gazzara debieron pensarlo, con muchos más motivos que Betty.

Porque en aquel momento, como si una repentina furia asaltara mi persona, en vez de esperar su llegada, actué cuando estaban a una distancia relativamente larga todavía de la mesa donde nos hallábamos Betty Grayson y yo, en pie, con la mirada fija en la salida del local.

De soslayo había advertido la expresión tensa y contrariada de Renzo Gazzara, al que sin duda no le gustaba lo más mínimo que sus clientes y amigos fueran con quejas sobre el trato de sus chicas en los locales que él controlaba.

Sonreí, pensando en que podía contrariar infinitamente más a aquel sucio individuo protegido por los politicastros de River City para que tuviese carta blanca en su limpio negocio de explotar a las chicas llegadas allí con sueños e ilusiones de triunfo.

Los dos tipos venían hacia nosotros en forma de diagonal, cruzando entre las mesas para confluir delante nuestro cerrándonos toda posible

salida. Yo utilicé mis propios recursos para evitar semejante posibilidad.

Mis manos se dispararon hacia una mesa inmediata donde dos individuos bebían botellas de cerveza. Aferré una botella en cada mano, y las lancé como si fueran objetos arrojados contra los dos matones.

Las botellas se estrellaron justamente contra su rostro, en dos blancos perfectos. Una estalló en pedazos, hiriendo al hombre. La otra, se limitó a golpearle duramente en nariz y frente, dejándole aturdido. Al primero, se le llenó la cara de sangre. Exhaló un grito de dolor y se encogió contra una columna, tratando de salvar sus ojos de los vidrios acumulados en sus párpados.

—¡Cogedles! —aulló Gazzara con voz potente—. ¡Avisad a la policía, pronto!

El zafarrancho de combate estaba armado. Corrí hacia la salida, tomando a Betty por la mano. Gazzara hizo un gesto, y otros dos tipos corrieron a la puerta para bloquearnos toda salida posible del local. Eran tan fuertes como los otros, y les sentaba el *smoking* igualmente mal. Pero eso no iba a ayudarnos mucho.

—¡Agáchate, Betty! —grité roncamente—. ¡Vamos a salir de aquí para siempre, caiga quien caiga, por todos los diablos!

Y de repente, extraje de mis ropas el hacha de cocina, enarbolándola con decisión. Los matones de Gazzara no pensaron ni remotamente que yo pudiera lanzar también aquel arma terrible, porque uno de ellos empuñó la negra culata de una pistola automática, empezando a extraerla de su chaqueta como objeto de persuasión.

Lo cierto es que sí disparé el hacha contra él, sin vacilar lo más mínimo. De haber querido partírla la cabeza en dos lo hubiera logrado, pero no era ésa mi intención, sino amedrentar seriamente a mis adversarios. Lo suficiente, al menos, para que su

belicoidad disminuyera el tiempo justo para abandonar el *Tropicana*.

Cuando el tipo de la pistola vio vibrar el hacha, con su cuadrada hoja clavada casi en su totalidad junto a su propia cabeza, en una moldura del local, su cara tomó el color de la salsa mahonesa. El otro compinche vaciló, cuando yo extraía ya de mis ropas el cuchillo de hoja triangular, que enarbolé decidido, avisando a los tipos de la puerta:

—¡Pronto, amigos, atrás o utilizaré también el cuchillo en vosotros! —avisé con energía. Y no me importará matar a cualquiera de los dos. O a ambos. ¡Soy Lake Fisher, el asesino!

Los tipos se amedrentaron, pese a que Gazzara chilló desde el mostrador;

—¡Cazadlos! ¡Evitad que salgan, maldita sea!

Pasé junto a los dos esbirros amedrentados. Puse un cuchillo en el cuello del más próximo, que se quedó temblando, pegado a la pared. Rápido, le eché a un lado su chaqueta de *smoking*, y le arrebaté el arma.

Era una pistola calibre 38, negra pavonada, con el seguro puesto. Me sentí con ella como si realmente hubiera ganado una gran batalla y fuese el más fuerte de todos.

Quitándole el seguro, encañoné a los tipos y a todos los del local a la vez. Ni siquiera Gazzara respiró esta vez, por si me daban malas intenciones.

—Buenas noches, amigos —me despedí con sarcasmo—. Me llevo a esta chica a la que querías prostituir, Gazzara, hijo de una rata. Si intentas algo contra ella, te mataré.

Aunque sea lo último que haga en mi vida, bastardo. Ahora, fuera todos. ¡Fuera! Vamos a salir. Y para siempre, ¿está claro, hatajo de cerdos corrompidos?

—Veremos, Fisher, veremos —me llegó la voz amenazadora de Renzo Gazzara—: Sólo eres un forajido. Si no te caza la policía, seré yo quien lo haga. Y te arrepentirás de que no hayan sido ellos los que te pongan a buen recaudo. Nadie desafía en vano a Renzo Gazzara.

—¡Seguro! —reí, despectivo, ya en la puerta—. ¿Te sientes muy seguro por tener a tus espaldas la protección del alcalde Clinton Derek y de Elmer Jordan y otros como él? Eso terminará un día, y no tardando mucho. Ese día, me sentiré satisfecho de presenciar tu procesamiento y condena sentado en la sala de tribunal donde te juzguen por proxenetismo, asesinato y complicidad en suciedades políticas. Buenas noches. Gazzara.

—Buenas noches, Fisher —me dijo él, con un destello helado en sus negros ojos latinos—. Acabas de firmar tu sentencia de muerte.

—O tal vez la tuya. Gazzara —reí, empujando a la muchacha fuera del local, y siguiéndola rápidamente al exterior.

El *Tropicana* quedaba atrás. Estábamos bajo las luces de Lincoln Avenue, y nos miramos los dos largamente durante unos instantes, antes de hablar o tomar decisión alguna. En los oídos de Betty leí algo que no sabía si era admiración, gratitud, o simplemente ternura humana hacia un amigo. Algo tan importante como un amigo, en un mundo tan sucio y descarnado como aquél.

—¿Y ahora? —musitó ella aturdida—. No podemos volver a mi casa. Ellos la conocen...

—¡Claro que no, diablos! —reí como si fuese realmente un héroe de plena aventura—.

Vamos a cualquier sitio, lejos de aquí. Lejos de Gazzara, de la policía, de todo lo que signifique peligro. ¿Dejas que te guíe?

—Por favor, Jake —me rogó ella, apretando mi mano con calor, con fuerza, con una luz

casi implorante en sus ojos—. Creo que ahora sólo te tengo a ti, para bien o para mal. Y

apenas si te conozco...

—Entonces, adelante, Betty.

—Jake, ¿qué va a ser de nosotros? —me preguntó mientras corríamos bajo los parpadeos multicolores de los luminosos, mezclándonos entre la heterogénea y pin-toresca multitud de las gentes de la noche en aquella arteria popular y populosa de la ciudad.

—Eso, sólo Dios lo sabe —sonreí—. Peor que en la penitenciaría y que en ese club nocturno, no puede ser. De modo que ten fe, Betty.. Ten fe en mí.

—Creo que en estos momentos, Jake tengo fe en nada ni en nadie más, Jake —me confesó, sin dejar de correr acera adelante.

Y eso, la verdad, elevó bastante mi moral.

CAPITULO VI

Era un hotel barato, en un distrito sucio y maloliente de River City, a espaldas de los *docks* donde se efectuaba la carga y descarga de

mercancías, tanto de las embarcaciones autorizadas a navegar por el río con su tarea industrial, como de los ferrys y remolcadores.

Llegaban allí los olores agrios y pestilentes de las aguas estancadas y del combustible, mezclándose con la intensa humedad y la bruma. Todo ello formaba una especie de fétida y apelmazada neblina que emborronaba y ensuciaba los perfiles de las personas y de las cosas.

El hotelucho se llamaba *Excelsior*, no sé por qué, y estaba enclavado en una callejuela angosta, salpicada de farolas de luz lechosa. No lejos de allí, un edificio para derribo mostraba su sucia pared de ladrillos ennegrecidos por los humos ribereños, y un muro chorreando humedad y mugre servía para pegar en él carteles de todo tipo, a los que un cono de luz procedente de una farola, realzaba lo suficiente para que se viesan, aunque seguramente nadie los leyera jamás.

Aquella era toda la panorámica urbana que se podía captar desde la ventana trasera que correspondía a nuestra habitación. Ciertamente, aquello no era el *Ritz*, pero a Betty Grayson y a mí casi nos lo pareció, cuando el hombre de recepción, sin apenas dirigimos una simple ojeada curiosa, nos gruñó lo que costaba una habitación, y nos entregó una llave, después de firmar yo con el primer nombre que me vino a la imaginación.

—Bueno, ¿y ahora, qué? —me preguntó Betty con una sonrisa, cuando hube cerrado la puerta de la habitación al entrar nosotros.

—Ahora, a intentar descansar un poco y no pensar en nada —repuse, dejándome caer en un sofá desvencijado, que se quejó como un viejo artrítico al caer yo en él—. Mañana veremos lo que puede hacerse para salir de esta cochina ciudad.

—¿Podremos salir, realmente? —dudó ella.

—Creo que sí —traté de mostrarme optimista.

—¿Llegaremos muy lejos?

—Eso ya no lo sé. A mí me busca la policía y la pandilla de Gazzara. A ti, sólo él. Es una ventaja a tu favor.

—Preferiría a la policía que a Gazzara y su gente —se estremeció ella.

—Entonces, mata a Gazzara, y asunto arreglado —le sugerí.

—Lo pensaré —me prometió. Y vi que empezaba a quitarse la ropa,

tranquilamente.

—¡Eh, espera! —le interrumpí—. No tengo por qué verte desnuda, iré al lavabo. Luego, cuando vuelva, ya estarás acostada,

—¿Y tú?

—Este sofá está bien. Con la colcha y una almohada, no necesitaré más para quedarme como un tronco.

—No seas tonto. No puedes dormir ahí. Estás malherido, Y agotado.

—Oye, Betty, podré ser un tipo algo rudo, pero no me voy a acostar en la cama y, dejarte a ti el sofá, estáte bien segura de ello.

—No digas esas cosas, Jake. La cama es lo bastante ancha para los dos.

—¡Ah, no, no! No te he sacado de las garras de aquel tipo que parecía hinchado con

aire de neumáticos, para ocupar yo su puesto. No tienes que ir pensando en acostarte con nadie, Betty. Eres una chica libre, ¡maldita sea! Te he liberado de esos buitres. Vuelve a tu pequeño lugar de provincias y olvídate de la ciudad. Es todo lo que te pido.

—Jake, esto es distinto, ¿no lo entiendes? —me miró, mientras se quitaba la blusa, quedándose en combinación. Bajo el satén color malva, se dibujaban perfectamente sus muslos plenos y sus jóvenes pechos redondeados—. Me gustas. Y una chica se acuesta con el tipo que le gusta sin prostituirse por eso. No irás a decirme que eres un puritano o un misógino, ¿verdad?

—Es lo último que podría ser —reí, moviendo la cabeza—. Tampoco soy afeminado, por si las sospechas. Pero te saqué de allí para conservarte limpia, Betty, no para que lo echas todo a rodar porque te guste un rufián cualquiera. La gratitud es también un precio, después de todo. No tienes por qué estarme agradecida de nada, ¿está claro? Tú me has ayudado a mí, aunque ese Maxwell de los seguros te pague doscientos por ello, y yo te ayudé a ti. Eso es todo.

—Escucha, cabezota —y de repente soltó los tirantes de su combinación, y se quedó ante mí en braga y sostén, tal vez para ablandar más mi resistencia—. Soy una mujer adulta. No. me gusta prostituirme, porque no vine a algo así a River City, pero te he conocido hoy en la noche de esta asquerosa ciudad y no sólo me has

parecido un buen chico, sino también guapo y atractivo. Me gustas por todos los diablos. ¿Es que eres tan exigente con las chicas que no vas a acostarte conmigo? No soy tuerta, no tengo una pata de palo ni estoy mal formada, ¿no crees?

Y en ese punto, para corroborar todo eso, se desprendió de su sostén.

«Al diablo con mis escrúpulos», pensé, fascinado ante aquellos dos bellos y turgentes senos que apuntaban hacia mí, sonrosados y firmes, con el remate rojo oscuro de unos botones deliciosamente hinchados y endurecidos.

Me levanté Fui hacia ella. Betty sonreía, provocativa, y me echó los brazos al cuello, con un suspiro de alivio.

—Por fin —dijo—. Veo que ya me has entendido, cariño... Empezaba a desesperar de que pudiera convencerte...

Me besó. Más bien me estrujó la boca con la suya. Tenía unos labios condenadamente carnosos y cálidos. Me sentí como succionado por ellos. Acaricié sus carnes, y resultaron duras, firmes y suaves. Me olvidé de mis últimos escrúpulos. Betty Grayson parecía desear realmente aquello. Y yo también.

Apagué la luz con una mano. Caímos en el lecho del sucio hotel de suburbio. Por la ventana, parpadeaba un luminoso de otra calle, rematando un feo edificio oscuro, Su claridad dibujaba intermitentemente la desnudez del cuerpo que tenía bajo el mío, Y

hacía brillar los ojos azul oscuros de la muchacha rubia que se apretaba a mí, comunicándome su calor, su vitalidad, sus deseos.

Le demostré que no era ningún puritano, ningún misógino, y menos aún un invertido.

Pero eso sí, a costa de dolerme endiabladamente el hombro con cada movimiento de nuestros cuerpos.

Claro que ¿a quién diablos le importa un dolor así, cuando siente tantos y tantos placeres al mismo tiempo?

* * *

Eran las cinco de la mañana cuando yo fumaba un cigarrillo, tendido en el revuelto lecho, y Betty me sonreía, acariciando con suaves dedos el vello de mi pecho.

—Tienes que dormir algo, aunque sean unas pocas horas —me aconsejó—. Tienes algo de fiebre.

—Resulta normal, ¿no? —sonreí a mi vez.

—No me refería a esa fiebre, sino a la de tu hombro herido —me reprochó—. ¿Por qué no descansas, Jake?

—Porque es más hermoso esto que cerrar los ojos y roncar —protesté.

—¿Tú roncas? —rió.

—No lo sé. No me oigo nunca.

—Pero las chicas que hayan dormido contigo pueden habértelo dicho...

—Nunca se lo pregunté, la verdad. Y ellas no lo mencionaron.

—Siempre tienes una salida para no referirte a lo que estamos hablando. Jake, ¿qué piensas hacer realmente? No arreglarás tu situación marchándote de River City. Te buscan por asesinato. Vayas adonde vayas, serás un fugitivo de la justicia. Cualquier día te reconocerá alguien, y todo habrá terminado.

—No puedo hacer nada, Betty. Las circunstancias me acusan. Pagué ya por un crimen que no cometí. Ahora puede repetirse la circunstancia, pero son particularmente duros con los reincidentes. Puedo terminar en la silla eléctrica.

—¡Dios mío...! —se nubló su rostro—. ¿No puedes hacer nada, Jake?

—No, nada. Ni siquiera sé lo que está ocurriendo ni lo que realmente ocurrió entonces. Sólo sé que me metí en un buen lío por seguir los consejos de una chica, y robé el dinero que otros habían robado antes. Es decir, me largué con el botín, y con la chica. Luego, de repente, ambas cosas habían volado, el tipo a quien le robé estaba muerto, y yo acusado de asesinato. El dinero nunca apareció. La chica se casó con un tipo cargado de millones, y yo fui a presidio. Una fea historia, ¿verdad?

—Muy fea. ¿Crees que ella te la jugó?

—Es lo más probable. Ella jura que no lo hizo, que incluso pasó miseria y apuros hasta casarse con un viejo millonario. Pero si tiene razón, ¿quién se llevó el maldito dinero? Yo no, por supuesto. Ni

tampoco el muerto.

—Pero alguien mataría al ladrón, ¿no?

—Claro. El que robó el dinero, eso es obvio. Ese es el que lo tuvo o sigue teniéndolo ahora, oculto en alguna parte. Maxwell, tu amiguito, lo sabe. Pero él cree que soy yo el que ocultó el botín y voy a ir a recogerlo en cualquier momento. Quiere recuperarlo para su compañía de seguros, y así obtener la recompensa ofrecida, que repartirá conmigo en una pequeña cantidad. Pero, ¡maldita sea!, yo no tengo ese dinero, Betty.

—Yo te creo, Jake —me sonrió dulcemente.

—Menos mal que alguien en el mundo cree lo que digo —murmuré—. ¿Por qué no serías tú el jefe de policía de River City?

—Porque el mundo no está hecho a nuestro gusto. ¿Por qué te persiguen ahora? Si ya pagaste aquel supuesto crimen.-.

—Ha habido otro. Un investigador privado me seguía los pasos. De repente, apareció muerto en el mismo callejón donde unos pandilleros de Gazzara me dieron a mí una paliza por andar metiéndome donde no debía. Ahora aseguran que él y yo peleamos, y le hundí la cabeza con un martillo.

—Pero tú no lo hiciste...

—¡Diablo, claro que no! No lo hice, Betty. Estaba muerto cuando recobré el conocimiento. Y no le había visto antes de ese momento. Era un tal Cyril Ormond, detective particular.

—¿Para quién trabajaba él? —las preguntas de mi compañera de aquella negra madrugada, demostraban al menos razonamiento y lógica.

—No lo sé —confesé amargamente—. Esto es todo un verdadero lío. Ormond andaba husmeando mis pasos por cuenta de alguien. Tal vez me siguió desde que salí de la prisión, esperando descubrir dónde ocultaba yo el famoso botín, o confiando meterme en un buen lío, pero sin imaginarse que él iba a servir de cebo para pescarme a mí. Pudo pagarle mi antigua chica, o tal vez otra persona interesada en ese dinero y en mí por alguna razón.

—Pero el hecho es que ahora está muerto. Y tú eres acusado de su muerte, ¿no?

—Sí, así están las cosas. Como ves, no va a ser nada fácil convencer a la policía de mi inocencia.

—Huyendo, sin embargo, no consigues nada.

—Claro que no. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Si me quedo aquí, me freirán entre los polizontes y ese maldito Gazzara.

—Si lograras encontrar el dinero, al menos... ¿Es mucho?

Se lo dije. Ella lanzó un silbido entre dientes,

—Con eso podrías ir lejos, ¿no? —me sugirió.

—Sí, supongo que sí. Pero es un dinero sucio. Manchado de sangre y de muchas cosas más. No lo quiero. Daría algo por salir de este lío pudiendo devolverla a la Ajax Insurance y cobrar si acaso lo que me correspondiera por su devolución. Al menos, ése sería un dinero limpio.

—¿Es ésa la compañía aseguradora de Ralph Maxwell?

—Sí, ¿De qué conoces tú a Maxwell, encanto?

—Es un cliente del *Tropicana*. Entra, toma algo y se va. Supongo que lo haría por husmear, si es ése su trabajo.

—Lo es. Inspector de seguros. Husmea el olor de los billetes. Doscientos cincuenta mil dólares despiden un tufillo especial. Pero hasta ahora, nadie ha dado con ellos. Por cierto, voy a ver si doy con él de una maldita vez.

Recordaba bien el número anotado que me facilitara Betty. Marqué el mismo, tras pedirle línea al somnoliento conserje de abajo. El teléfono era negro, grande ' y sucio y hasta el auricular se movía, casi desenroscado del resto del cuerpo. Pero cuando menos, sonó la señal de llamada al otro lado.

Sonó seis o siete veces sin que nadie tomara el aparato, y me disponía a colgar, preguntándome dónde diablos se metía de noche el tal Maxwell, cuando se descolgó el teléfono, y oí su voz pastosa y bronca, tal vez más desfigurada por el sueño.

—¿Dígame? —gruñó—, ¿Quién llama a estas horas?

—Soy yo, hermano —reí—, ¿Felices sueños?

—¡Diablos, usted...! —farfulló—. Ya era hora que supiera algo de su vida, por todos los demonios. No diga nombres por teléfono. Recuerde que las cosas están al rojo vivo en River City. ¿Dónde está ahora?

—En un sitio relativamente seguro. No se lo mencionaré aquí, por si acaso. Pero necesito verle, hablar con usted. Debo salir de esta ciudad como sea.

—¿Y me lo dice *a mí*? —casi le salió un falsete, tal fue el tono agudo que dio a su pregunta—. Escuche, amigo, ya me he enterado de lo del *Tropicana*. Gazzara está que ruge. Ha jurado que lo despedazará aunque se esconda en las alcantarillas, bajo el río.

¿Por qué se metió en líos por una furcia?

—Maxwell, repita esa palabreja y cuando le vea le pondré un ojo morado. La chica merece la pena de ser ayudada, y eso es todo. Todavía no era lo que usted dice. Pero iba a serlo gracias a su buen amigo Renzo.

—¿Amigo? Como supiera que le ayudo a usted, me sacaría el pellejo a tiras. ¿Es que no puede dar usted un paso sin complicarse la vida?

—Parece que ése es mi destino. Escuche, Maxwell, ¿cuándo y dónde podemos vemos?

Tengo un feo agujero en el hombro, estoy agotado y acorralado, y necesito salir por un tiempo de este avispero.

—¿Quién me dice que no lo hará con el botín, y tendré que echarle un galgo después?

—se quejó él plañideramente.

—Tendrá que confiar en mí, como yo confío en usted ¿Qué resuelve?

—Está bien. Nos veremos mañana. Es decir, hoy ya. Veo que son más de las cinco. Elija usted sitio.

—¿El de la otra vez? Me refiero al motel, ya sabe.

—Muy bien. Allí a las dos de la tarde. Es una hora tranquila en esa zona. Y debo ir dando un rodeo, por si a alguien se le ocurre seguirme para que le conduzca a usted.

—¿Es que alguien sabe que me está echando una mano?

—No. Nadie, que yo sepa. Pero saben que ando tras ese dinero. Y usted tiene la clave del asunto, por el momento. Podrían sumar dos y dos, y sacar cuatro.

—¿Insiste en eso? —me quejé—. No tengo la menor idea de dónde está el tesoro, Maxwell.

—Si eso fuera cierto y yo le creyese, le iba a ayudar

Papá Noel y no yo. ¿Cree que soy hermanita cie la caridad, acaso? Por suerte para usted, sigo pensando que me engaña y conoce el paradero de ese botín. Hasta las dos, amigo.

—Hasta las dos, Maxwell —suspiré, colgando.

Me quedé mirando el teléfono. Moví la cabeza con desaliento.

—Sigue pensando que tengo el dinero —resoplé—. Y lo malo es que me conviene que lo crea. De otro modo, estaría solo en esta sucia ciudad. Maxwell sólo me echará una mano mientras piense que yo tengo ese botín o que sé su paradero y estoy esperando la oportunidad idónea para recuperarlo.

—Me gustaría que fuese así.

—Y a mí también. Pero no es, Betty. Ando a oscuras en todo esto desde hace años. Y

aunque se me ocurren algunas cosas, carezco de evidencias que irle demuestren que puedo estar en lo cierto.

—No pienses ya más en todas esas cosas, Jake querido —me trató de calmar, acariciando mi pecho, mis hombros, mi cuello, en una especie de suave masaje re-lajante—. Duerme, mi amor, duerme...

Quise aferraría de nuevo, sentir su cuerpo junto al mío. Pero me venció el cansancio. O

tal vez era el efecto sedante de sus manos al masajearme. Lo cierto es que me quedé profundamente dormido.

Y ya no supe más, hasta que me desperté con el azulado cañón de un revólver «Colt»

calibre 38 bajo mis narices, pegado a mi maxilar, y una voz bronca me espetó junto al oído:

—Buenos días, Jake Fisher. ¿Ha dormido bien? ES desayuno está servido.

CAPITULO VII

Cuando pude centrar mi vista en algo, descubrí que la habitación del hotel estaba llena de uniformes azules.

—¡Por todos los diablos, vaya despertar! —gruñí, sentándome en la cama, siempre con el arma pegada a mi cara—. ¿Es éste el servicio del hotel?

—Algo parecido —rió agriamente el hombre de paisano, de cara afilada y chaqueta con excesivas hombreras, sentado al borde de mi cama, con el sombrero flexible echado hacia atrás, como en las malas películas—. Vamos, vístase en seguida y no trate de hacer ninguna tontería. A mí no me gustan los juegos peliculeros. Y usted no es Bogart.

—No, creo que no —suspiré—. Soy bastante más guapo. ¿Quién diablos es usted?

—Aquí soy yo quien hace las preguntas, Fisher. Pero le informaré, para su gobierno, que mi nombre es Scott Latimer, y soy teniente de policía en River City. División de Homicidios, para ser exactos. ¿Eso le dice algo?

—Mucho —asentí—. Que estoy metido en pleno avispero.

—¡Cómo lo sabe, hermano! —resopló, mirando a su compañero de paisano, que ponía su revólver en mi cara con un entusiasmo digno de mejor causa—. Aparta un poco tu artillería, Moss. El tipo no lleva más que el calzoncillo encima. No va a Saltar sobre nosotros

—De ése no me fío —rezongó el tal Moss, retirando su revólver de bastante mala gana—. Ya ha escapado dos veces a los muchachos. Una, en el callejón. Otra, en la vivienda de los Jordan. Y- una tercera de la muchacha de Gazzara. Es un tipo duro, a lo que parece.

—Si no, que se lo pregunten a Stuart Conrad o a Cyril Ormond —rió el teniente Latimer—. Si es que pudieran responder, claro está... Vamos, Fisher, vístase de una vez.

No me gusta el desnudo de los hombres. Es antiestético.

Eso del desnudo me recordó algo, en medio de las bramas que el sueño, la fatiga, el dolor de mi hombro vendado y la- presencia de la nube de polizontes en mi cuarto habían provocado.

—¿Y la chica? —indagué, mirando en derredor—. ¿Adónde la han llevado?

—No había ninguna chica aquí, Fisher —negó rotundamente Latimer—. ¿Quién era?

¿La que se llevó usted del *Tropicana*? ¿Una de esas fulanas de Gazzara?

—Ella no era una fulana. Ni otras lo serían tampoco, si no dejasen que Gazzara hiciese lo que quiere, protegido por la gentuza influyente y honorable de esta ciudad, teniente.

—No pertenezco a la Brigada contra el Vicio, Fisher —bostezó el policía poniéndose en pie—, Lo cierto es que su chica se largó antes de que llegáramos nosotros. Una chica lista, sin duda. Ya sabe ella lo que significa encubrir a criminales.

—Ella no me encubría. Yo la obligué a ir conmigo. Y no soy un criminal.

—¿No? —enarcó las cejas, mirándome fríamente—. Pues no es eso lo que dice la gente de usted. Los periodistas deben tenerle manía, supongo.

—Y también los policías —me quejé, terminando de vestirme. Afuera hacía un día nublado y húmedo. La mañana tenía un color bilioso que me entristeció. Además, allí olía a diablos por la ventana abierta.

—En marcha, amigo —me indicó el teniente, señalando la puerta—. Moss, ponle las pulseras. Por si tiene alguna mala idea por el camino...

Me esposó gustoso el tal Moss, sonriéndome como podría sonreír una hiena. Luego, a empujones, me llevaron al coche policial que aguardaba fuera, escoltado por otros dos coches patrullas. Era como si hubieran venido a detener a Dillinger o a *Ma Baker*. El conserje de día me dirigió una mirada estúpida, y se quedó atrás, quejándose plañideramente de la mala suerte que tenía su hotel con la clientela.

Rodamos hacia el Departamento Central de Policía de River City. Allí olía mejor el aire, pero la neblina era igualmente sucia y apelmazada que al borde del río. Hacía un día de perros.

Me metieron en una celda de paredes desnudas, con una bombilla encendida en el alto techo, envuelta en un protector de duro alambre negro. Debía ser la sala de interrogatorios, porque un momento más

tarde, entraba allí el teniente Latimer, haciendo cerrar la puerta una vez pidió quedarse solo conmigo.

Se quedó mirándome en silencio, como si esperase a que yo le dijera algo o empezase a cantar *Noche y Día* a pleno pulmón. No se quitaba el sombrero flexible ni para mear.

Debía creerse interesante con él.

—Desembuche de una maldita vez, Fisher —me dijo con aspereza.

—¿Qué debo decirle? —me quejé—. Yo no maté a Ormond. Tampoco a Conrad hace años.

—Lo de Conrad prescribió. Un hombre no puede ser juzgado dos veces por el mismo delito. Es Ormond quien me interesa ahora. Y un cuarto de millón en billetes.

—Eso también prescribió —objeté—. Mi condena fue por homicidio y robo.

—Pero el dinero nunca apareció.

—Eso ya no es cuenta mía, teniente. Si lo tuviera yo, no andaría así por el mundo.

—Hay quien dice que lo tiene, pero no ha tenido ocasión de ir a recogerlo. Ormond era detective privado. Iba tras de usted. Y tras ese dinero.

—Lo supongo. Ni siquiera le había visto en mi vida, ¿para qué iba a matarle?

—Porque él le agredió. Era un tipo violento. Ustedes pelearon, y le mató. Es todo.

—No, no es todo —gruñí—. Yo no me pegué con él. Fueron unos tipos de Renzo Gazzara los que me sacudieron de firme. Cuando me recuperé, él tal Ormond estaba muerto en el mismo callejón.

—Gazzara niega que nadie le atacase en ese callejón. Un testigo, Harry Coolish, afirma que usted estuvo buscando jaleo allí y le echaron con cajas destempladas, pero eso fue todo. Nadie fue tras de usted para sacudirle una paliza. Dicen que no era para tanto.

—Si Gazzara busca también ese dinero, claro que era para tanto. Quizás esperaban sacarme el escondrijo. Alguien me golpeó,

desvaneciéndome. Lo demás, no lo sé.

—Suenas a cuento chino, Fisher.

—¡Ya lo sé, maldita sea! —me quejé.

—¿Por qué anda mezclado con ese inspector de seguros, Ralph Maxwell?

Le miré sin decir nada. No iba a sonsacarme en contra de Maxwell. El asegurador podía ser lo que fuese, pero era el único aliado que tenía en la ciudad.

—No sé de qué me está hablando —repliqué con sequedad—. No conozco a ningún Maxwell.

—Vamos, vamos, Fisher, ¿se cree que me chupo el dedo? Ese tipo anda tras el dinero para cobrar la recompensa y compensar a su compañía de las pérdidas. Será buena cosa para él y su futuro, ¿Por qué cree que le sorprendimos en el hotel? El teléfono de Maxwell está intervenido. Sabemos lo que pretende. Cuando usted llamó, se localizó el origen de la llamada. Y dimos con usted.

Parecía verdad. Me encogí de hombros. Latimer era más listo de lo que daba a entender su aire de policía de película barata.

—Está bien, entonces ya lo sabe. El busca el dinero para devolverlo. Cree que yo lo tengo o sé su paradero, como casi todo el mundo lo cree en esta ciudad. Y trata de pactar conmigo esa devolución que marcaría un éxito en su profesión... y una buena suma de recompensa por la recuperación del dinero.

—Pero ¿por qué conformarse con un pellizco cuando se puede obtener todo? ¿A usted no le interesa un porcentaje, sino el cuarto de millón completo, ¿no es cierto, Fisher?

—No, no es cierto. Si supiera dónde está, lo devolvería ahora mismo y enviaría todo esto al diablo.

—Quizá lo hiciera. Lo que no podría hacer es devolver la vida a Ormond.

—¡Maldita sea!, le repito que no maté a ese tipo. Tampoco maté a Conrad y he pagado por eso. Es como si mi destino fuese ser siempre culpable ante los demás.

—¿No mató usted realmente a Stuart Conrad por entonces? —preguntó seriamente Latimer.

—Claro que no. Pero usted no va a creerme. ¿Por qué So pregunta?

—Porque necesitaba saber lo que decía sobre un delito que ya no puede afectarle.

Supongamos que sí le creyese. Supongamos que incluso creyera que usted actuó de buena fe, robando aquel dinero a ¡la banda a la que pertenecía, y que otra persona más astuta se quedó con todo, matando además a Conrad,

—¿Adónde va a parar? —le miré, desconfiado.

—Mire, Fisher. Las cosas encajarían bien de este modo. Imaginemos que Stuart Conrad en persona lo planeó todo, de acuerdo con otra persona que pudo ser, por ejemplo, Dinah Baker, su cómplice de entonces. Pero ella seguía un doble juego, Y tras quedarse ustedes con el botín y burlar a Conrad, ella se quedaba con el dinero, a repartir con Stuart Conrad, usted pasaba por ladrón, y el resto de la banda no recibía un dólar. Sin embargo, alguien juega una tercera baza imprevista y mata a Conrad, quedándose con el dinero.

Así, usted queda burlado. Y tal vez también Dinah Baker... a menos que ella misma fuese la ladrona y la homicida. ¿No es una bonita historia, Fisher?

Le miré, perplejo. Esa versión de los hechos no se me había ocurrido.

—Conrad. —dije lentamente, con un repentino destello en mi mente —, Sí... Ahora tienen sentido algunas cosas oscuras. Su ingenuidad para ser engañado, por ejemplo. El lo sabía, formaba parte de su doble juego...

—Exacto. Pero lo que cuenta ahora es el *triple* juego de una persona que alteró todos los planes y dejó fuera de combate a Conrad, a usted... y quizás a Dinah Jordan.

—Siempre que, como usted dice, no fuese ella la culpable —sugerí.

—Exacto, Entonces pasamos al momento actual. Usted sale de prisión. Sólo el asesino de Conrad sabe que usted *no* tiene el dinero ni conoce su paradero. Sin embargo, dos personas le vigilan por el mismo motivo: ese dinero. Las personas son Ralph Maxwell,

para recuperar esa suma y entregarla a la compañía de seguros... y Cyril Ormond, un investigador privado de mala fama, sucio y violento, que le seguía por orden de alguien, ya que él no trabajaba nunca por cuenta propia. Entonces, Ormond muere tras recibir usted una paliza. ¿Por qué muere Ormond? ¿Porque sabe mucho? ¿Para qué silencie el nombre de su cliente de modo definitivo? ¿O simplemente para culparle a usted de un nuevo crimen y así acorralarle, obligándole a buscar ese dinero sea como sea, jugándose el todo por el todo?

Yo iba siguiendo sus razonamientos con estupor. No porque estuviera contándome nada nuevo o que yo no hubiera sospechado antes, sino porque parecía como si, realmente, él creyera lo que estaba contando.

—¿Usted... usted cree todo eso?—le pregunté, receloso.

—Estoy especulando, Fisher. Sólo eso. Usted ¿cómo encajaría las piezas sueltas en el *puzzle*, si fuese el policía y tuviera que completar la teoría?

—Si es un simple juego, puede resultar divertido —me animé—. Mi idea es que quien contrató a Ormond, no sabía que yo ignoro el paradero del dinero robado. Por tanto, no puede ser el asesino de Stuart Conrad, ya que tampoco es el ladrón del cuarto de millón.

¿Por qué motivo iba a seguirme un tipo como Ormond, si no era para tratar de hallar el paradero del botín, al que yo tendría que conducirlo, según su cliente?

—Siga, Eso tiene interés.

—Por tanto, Ormond fue muerto por alguien que tenía interés en echarme la culpa de otro asesinato. Tal vez por quitarme de en medio, tal vez por miedo a que averiguase demasiadas cosas.

—En cuyo caso, el cliente de Ormond sería inocente de lo de ahora y de lo de entonces, según usted.

—Sí —admití tras una reflexión breve,

—Perfecto. Acaba usted de dejar fuera de toda sospecha a la primera persona sospechosa de aquel viejo asunto; Dinah Baker, actualmente, Dinah Jordan.

—¿Dinah? —enarqué las cejas—, ¿Ella era el cliente de Cyril Ormond?

—Exacto. Ella era. Hemos registrado la oficina de Ormond. Su nombre

estaba en el fichero de Ormond. Contratado por ella bajo el falso nombre de Jean Morrison, sólo tres fechas antes de salir usted de la penitenciaría. Pero Ormond era investigador y no se dejó engañar. Bajo el nombre de Jean Morrison, anotó a lápiz: Dinah Jordan, de soltera Dinah Baker..

—Vaya, eso no lo entiendo... —resoplé—. Si ella no sabía que yo nada sé de ese dinero, es que otra persona mató a Conrad y se quedó el botín. Pero ¿quién?

—Eso es. ¿Quién? —sonrió Latimer, paseando por la estancia—. Voy a contarle algo, Fisher, a título informativo. Cuando ustedes decidieron robar la River Amalgamated, esta empresa estaba mucho de estar floreciente. Había obtenido aquel dinero a base de un crédito, y asegurando la suma de las nóminas previamente con la Ajax Insurance.

Desaparecidos los fondos, la aseguradora pagó religiosamente. Pero en buena lógica, los problemas financieros debían continuar. No fue así, y poco después, la River pagó sus deudas y prosperó de nuevo, hasta ser posteriormente vendida en una suma muy elevada a un industrial de esta ciudad que ahora la explota con cadena con otras empresas similares. Alguien salvó la quiebra e incluso hizo un buen negocio, rehaciendo su

maltrecha economía, justamente cuando ocurrió todo aquello del robo y la muerte de Conrad, Casual, ¿no?

—Sí, mucho —admití pensativo—. Teniente, ¿sabe usted quién era o podía ser la persona que financiaba esa empresa y salvó la quiebra?

—Lo sé —sonrió—. Y se llevará una sorpresa cuando lo sepa, Fisher,

—No, creo que no me llevará ninguna sorpresa —suspiré—. Pondría una mano en el fuego por un nombre: Elmer Jordan, el marido de Dinah.

—Y no se quemaría, Fisher —afirmó el policía—, Elmer Jordan era el principal accionista de la River Amalgamated y la persona que pagó por entonces doscientos mil dólares en deudas, salvando la bancarrota y rehaciendo su economía hasta llegar a su boyante situación actual.

—Todo gracias a un dinero robado por otros... —comenté—. A un dinero que todos suponen que tengo yo. Un dinero que siempre tuvo Elmer Jordan...

—Es una bonita historia, si se pudiera creer —suspirió Latimer, meneando la cabeza.

—No me diga que ha estado jugando conmigo como el gato con el ratón, y no cree una palabra de todo eso —protesté, irritado.

—No he dicho eso. Lo malo es que no hay pruebas. Y Elmer Jordan es un tipo importante en River City, tanto política como económicamente. Para hincar el diente a una persona así, hay que morder duro. En caso contrario... usted es la víctima propiciatoria que salvará mi puesto y el prestigio de la policía local.

—No pueden ser un hatajo de bastardos semejantes —protesté, airado.

—No sabe las cosas que se tiene que llegar a ser para no perder la cabeza, Fisher. Me sería muy cómodo ordenar ahora su encarcelamiento y su entrega al Fiscal del Distrito que, por cierto, es muy amigo del alcalde Clinton Derek, y gustosamente le despedazaría en el proceso entablado contra usted por asesinato.

—¿Es eso lo que va a hacer, teniente?

Me miró largamente, en silencio. Luego, meneó la cabeza en sentido negativo.

—¡No, maldita sea! —gruñó—. Todavía tengo un poco de decencia. La suficiente para no hacer rodar la cabeza de un inocente por salvar la mía. Voy a hacer un pacto con usted, Fisher. Es todo lo que puedo llegar a hacer en su favor. Y en el de la verdadera justicia.

—¿Qué pacto es éste?

—Le voy a dejar libre por falta de pruebas.

—¿Qué? —parpadeé, asombrado.

—Eso me echará encima a toda la gente que espera verle sacrificado. Al final, me veré obligado a arrestarle otra vez, obedeciendo a fuertes presiones de todo tipo. Pero digamos que para entonces han transcurrido veinticuatro horas como mínimo, ¿Cree que en ese tiempo puede dar con el culpable y traerme evidencias claras de todo el asunto, Fisher?

No había elección. Yo no sabía qué diablos podía lograr en aquel período de tiempo, pero era mejor que nada. Asentí, enérgico.

—Lo voy a intentar, teniente, si me da esa oportunidad —dije.

—Bien, Entonces, salga. Firmaré su orden de libertad. No hay pruebas contra usted. Ya sabe. Muévase de prisa. No habrá una segunda oportunidad.

—Ni la merecería, si no saco la verdad a tiras, sea de donde sea —gruñí, caminando

hacia la salida. Me detuve ante él un momento—. Teniente, ¿por qué hace esto por mí?

Yo podría ser culpable, después de todo.

—Ya lo sé. Pero creo que vale la pena dejarme llevar por mi instinto. Es la única evidencia que tengo de su inocencia. Creo que usted no lo hizo, eso es todo. Y me gusta que, de vez en cuando, las cosas no sean tan sucias ni tan feas como acostumbran a ser.

Suerte, Fisher.

—Voy a necesitarla, teniente. Gracias. Tiene mi palabra de que no escaparé. Ni lo intentaré siquiera.

—No le he pedido esa palabra, porque estaba seguro de que usted obraría así —me dio un afectuoso golpecito en el hombro—. Ojalá resulte.

—Resultará —prometí, con una seguridad que distaba mucho de sentir. Pero, ¡qué diablos!; si yo no me animaba a mí mismo, ¿quién iba a hacerlo?

CAPITULO VIII

La casa continuaba en el mismo sitio, naturalmente. Aquella casa podía tener de todo lo imaginable, menos ruedas. A la luz del día, resultaba más acogedora que durante la noche, pero eso podía deberse a que no vi en sus cercanías al alcalde Derek y a su escolta.

Los altos setos despedían un suave olor a plantas mojadas, lo mismo que el bien cuidado césped, No vi a Dinah por la pista de tenis ni en las proximidades de la piscina, como la noche anterior. Toda la mansión mostraba una calma casi paradisíaca, a lo que contribuía la silenciosa zona donde se hallaba enclavada, rodeada de otras propiedades, y con muy escaso tránsito en sus alamedas y bulevares. Al lado de la ciudad, sucia y brumo-sa, esto era como un rincón del

paraíso. Era la ventaja de tener dinero. Aunque ese dinero fuese sucio, se tenían muchas cosas limpias con él. Es quizá lo malo o lo bueno del dinero.

Salvé la cerca de un salto. Ni siquiera ladró un perro dentro, aunque la noche anterior me pareció oír ladridos cuando huía yo con una bala en mi hombro.

Llegué a las vidrieras de la terraza. Estaban herméticamente cerradas. En el interior de la casa no parecía haber nadie a estas horas. Miré mi reloj, pensativo.

Ciertamente, las doce del mediodía no es hora de meterse en casa. Dinah tal vez estuviese por el centro, de compras. Su marido era hombre de negocios. Y esa clase de hombres acostumbran a volver tarde a casa.

Caminé cautelosamente por el jardín, calculando lo que podría hacer para llegar a algo práctico. Si Elmer Jordan mató a Conrad y se quedó el dinero, no habría pruebas de ello en la casa. Nadie guarda evidencias así, a menos que sea idiota.

Sin embargo, no costaba nada probar fortuna. Rompí un vidrio de una de las puertas traseras y penetré en la casa por las dependencias de servicio, tan desiertas como el resto de la propiedad.

Dejé atrás la cocina y la despensa, pasando al ala del edificio ocupada por el matrimonio Jordan. Subí las escaleras, recorriendo habitación por habitación, hasta dar con lo que buscaba: el despacho de Elmer Jordan, algo más allá del dormitorio matrimonial.

Entré en la estancia. Me bastó probar, para advertir que todos los muebles estaban cerrados con llave. Pero no iba a dejarme vencer por un obstáculo tan previsible. Busqué un alambre, lo torcí, y comencé a forcejear en las cerraduras. Ninguna se resistió a mis intentos.

Los papeles y documentos allí archivados no revelaban nada especial, pese a que lo examiné todo minuciosamente. Tampoco esperaba tener semejante fortuna en mi primer intento serio por probar la verdad. Hubiera sido demasiada suerte.

Sin embargo, al final di con algo que podía ser interesante, aunque no definitivo. Se trataba de un viejo estado de cuentas de la River Amalgamated y de un documento de propiedad industrial, extendido notarialmente, a nombre de un tal Elmer J. Bernstein.

Oficialmente, ése había sido el presidente de la empresa robada años atrás. Lo guardé.

No sería difícil demostrar que Elmer J. Bernstein no era otro que Elmer Jordan.

Y, de repente, me encontré con lo que menos podía imaginar. Una especie de regalo providencial, aunque no tuviera mucho que ver conmigo o con el cuarto de millón y la

muerte violenta de Conrad.

En un sobre lacrado, una serie de fotocopias, cuidadosamente prendidas con un *clip* metálico, revelaban sucios negocios de Elmer Jordan con Renzo Gazzara. Había allí evidencias de que Jordan era no sólo copropietario de varios clubs nocturnos de dudosa respetabilidad, sino también de una cadena de lupanares y casas de prostitución de lujo en la parte alta de la ciudad, registradas como presuntos círculos, de recreo para la sociedad, con acceso solamente para socios de la entidad.

Al fajo de fotocopias, acompañaba un papel escrito que me hizo pestañear. Era un texto breve y expresivo, escrito a máquina.

«Señor Jordan:

Como verá por estas fotocopias, he tenido acceso a información muy importante para usted y Gazzara. Ambos podrían ir a la cárcel por esto. Pero no pienso entregar los documentos originales de los que obtuve esas fotocopias. A cambio de cien mil dólares, naturalmente. Elija: eso, o la cárcel.

«Atentamente:

»*Cyril Ormond.*»

La nota tenía una fecha de dos días antes de mi salida de la penitenciaría.

—De modo que Ormond era amigo de chantajear a quienes descubría asuntos sucios.

El hecho de tener a Dinah Jordan de cliente, le hizo descubrir asuntos sucios del marido de su cliente, y buscó dinero fácil. Pero no resultó... Alguien le aplastó la cabeza con un martillo...

Guardé el preciado sobre en el bolsillo. Muchas cosas iban a saltar por los aires en River City cuando esos papeles aparecieran ante un tribunal y se reprodujesen en los periódicos. Era el fin de la carrera política y social de Jordan y de su socio Renzo Gazzara.

Betty Grayson y otras muchas chicas, podrían respirar tranquilas.

Salí del despacho. Para una sola incursión, no podía quejarme de lo conseguido. Al menos, no iba a irme solo al infierno, si se empeñaban en mandarme allí las fuerzas políticas y sociales de River City, Eso ya era un consuelo.

Alcancé el jardín y So crucé con rapidez camino de la salida. De pronto, el destello de algo metálico entre los setos inmediatos a la pista de tenis, atrajo mi atención. Temiendo que pudiera ser el reflejo de la luz de aquel día nublado en algún arma de fuego, me agazapé, avanzando precavido en esa dirección.

Por fortuna no disparó nadie, ni se movió cosa alguna tras los setos donde yo captara el fulgor súbito. Rodeé ese alto seto y me encontré frente a la pista de tenis vacía.

Había dos raquetas y dos botes de pelotas de tenis sobre una silla,, junto a una mesita y otra silla plegable de lona, protegida por un parasol de colores.

Pero Elmer Jordan, sentado allí, no necesitaba el parasol para nada. No porque no hubiera sol, sino porque estaba muerto.

La bala le había entrado por la garganta, abriendo un agujero encima de su nuez, y la sangre negruzca lo salpicaba todo. Se había quedado sentado allí, con un gesto de supremo horror. En su mano llevaba un lujoso cronógrafo de oro, y el brazo colgaba inerte. El reflejo solar en ese reloj había sido el destello que llamó mi atención.

—Uno que se libra de la cárcel —dije a modo de epitafio, contemplando al marido de

Dinah—. Ya sólo queda Gazzara... y el asesino de Jordan, por supuesto.

Salí de la casa sintiendo un poco de náuseas en mi estómago. Después de todo, aunque estaba empezando a acostumbrarme, un cadáver era un cadáver.

Llamé, a Latimer desde un teléfono público y le conté todo. Le oí

soltar una imprecación.

—¡Dios nos asista, Fischer!, eso empeora las cosas para usted. Dirán que le mató. Y

hasta yo me lo creería.

—Pero no lo creerá, ¿verdad? —temí.

—¿Y yo qué sé? —rezongó—. Tiene usted la extraña virtud de ir sembrando de cadáveres su camino, Fisher. Eso hace sospechar hasta al más santo.

—¿Eso significa que anula el plazo concedido?

—No, pero dentro de dos bofas, van a empezar a llover rayos y truenos sobre mi cabeza, Fisher. Tal vez tenga que ordenar su detención antes de esas veinticuatro horas fijadas.

O me quitarán el pellejo a tiras.

—Lo comprendo. Verá, teniente. Si tuviera usted respuesta a una duda mía, tal vez dentro de dos horas pueda entregarle a un asesino en propia mano.

—¿Eh? ¿Está seguro de lo que dice?

—No, seguro no. Pero si no tiene a un asesino, es probable que me tenga a mí tan muerto como lo están Conrad, Ormond y Jordan.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Un simple dato. Necesito saber si entre el fichero de clientes de Cyril Ormond, hubo alguna vez un determinado cliente.

—¿Cuál de ellos?

Se lo dije. Me prometió darme el dato en cuanto lo tuviera. Me" pidió un lugar adonde llamarme. Yo se lo di. Después de todo, tal vez era mi última etapa en aquel maldito camino hacia el infierno.

Luego, colgué y fui a tomar algo para entonarme un poco. Hasta las dos, tenía tiempo suficiente.

* * *

A las dos en punto, llegué al motel.

Ralph Maxwell, mi protector y amigo Maxwell, me esperaba paciente junto a los *bungalows*, Miró su reloj y me dirigió una tenue sonrisa distraída.

—Puntual —aprobó—. Creí que no vendría, después de lo de esta madrugada.

—¿Lo de esta madrugada? ¡Ah!, ¿se refiere a la policía? ¿Cómo lo supo?

—Esa chica, Betty Grayson, me telefoneó desde una cabina cercana al hotel donde se alojaron. Había oído llegar a la policía y se marchó del hotel por la escalera trasera.

—Muy bonito. Y me dejó a mí en el atolladero —me quejé,

—Ella sabía que usted no podría evadirse, Fisher. Resolvió huir para informarme y tratar de ayudarme. ¿Cómo es que le soltaron? Vine aquí por si había un milagro, pero no esperaba verle.

—No tienen pruebas para arrestarme —suspiré—. Mucha palabrería y nada más. Y

evidencias circunstanciales que un buen abogado haría pedazos fácilmente.

—Pues le felicito, Fisher. Creí que lo tenía bastante peor.

Entramos en el *bungalow* que me arrendara él. Cerré la puerta y le miré.

—Ahora sí lo tengo malo —dije—. Muy malo, la verdad. Han matado a Elmer Jordan.

—¿Qué? —boqueó, mirándome con horror—. No es posible...

—Ya lo creo que lo es. Acabo de dejarle sentadito ante su pista de tenis, con un balazo en la garganta. Alguien eliminó así al ladrón de! cuarto de millón.

—¿Qué dice? “Maxwell puso un gesto incrédulo—. No va a convencerme de eso, amigo. Usted tiene ese dinero. Cada vez estoy más convencido de que conoce su escondite.

—No, Maxwell —rechacé cansadamente—. Usted no cree eso. Usted...

Se sobresaltó. Yo no. Acababa de sonar el teléfono con estridencia. Lo

miró con ojos dilatados.

—¿Quién puede llamar aquí? —jadeó—. Nadie sabe que estamos usted y yo...

Sonreí, negando con la cabeza.

—Se equivoca —dije—. Lo sabe la policía. Esa llamada es para mí.

Descolgué, mientras el estupor y la inquietud se pintaban en su semblante.

—Sí, teniente Latimer —dije—. Soy Fisher. ¿Tiene ya la respuesta?

—La tengo —y me la dio.

Respiré hondo. Era tal y como había pensado.

—Gracias, teniente —dije—. Lo suponía.

—Espere, Fisher. ¿Está solo ahí, o se ha reunido con Ralph Maxwell?

—Sí, estamos los dos —asentí—. Hablaremos más tarde, teniente...

—No mucho más tarde. Acaba de salir el Fiscal del Distrito de mi despacho. Tengo ya la orden de detención firmada. A su nombre, Fisher. ¿Qué hago?

—Lo que tenga que hacer —sonreí, colgando.

Luego, levanté la cabeza. Miré fijamente a Maxwell.

—Bueno, ya tengo el dato final —confesé.

—¿El dato final? ¿De qué? —se interesó.

—De un asesino. El asesino de Cyril Ormond y de Elmer Jordan.

—¿Sabe ya quién es?

—Sí —le miré tranquilamente—. *Usted.*

Pegó un leve respingo. Resopló, mirándome con frialdad. No palideció mucho. Sólo un poco. Lo suficiente para descubrir su alteración.

—Está bromeando, ¿no, Fisher? —rió.

—Usted sabe que no. El teniente Latimer ya tiene el dato que yo

quería. Uno de los clientes de Cyril Ormond fue precisamente la Ajax Insurance. Su compañía de seguros, Maxwell.

—¿Y eso qué diablos tiene que ver? —rezongó él.

—Mucho. Usted conocía a Ormond. Por eso estaba esa noche junto al callejón. En realidad, los dos iban juntos. Se conocían de cuando trabajó para la compañía de seguros.

Juntos planearon el juego. Me esperaron y me dieron la gran paliza. Usted es fuerte, Maxwell, La clase de tipo que me llenaría de golpes de aquella forma. La historia de los tres esbirros de Gazzara sólo la contaba usted. Nadie les vio, salvo usted mismo. Nunca

existieron. En el callejón solamente estuvieron ustedes dos y yo. Luego, una vez me tuvo tullido en el suelo, hizo lo que tenía que hacer: aplastar la cabeza a Ormond con un martillo.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Por qué tendría yo que hacer eso?

—Porque a Ormond le gustaba saber cosas de sus clientes. Demasiadas cosas. Tenía la fea costumbre de chantajear a los que escondían algo sucio, aprovechándose de que trabajaba para ellos y tenía acceso a ciertos documentos comprometedores. Así supo cosas de Jordan, aunque no llegó a saber que él era el asesino de Stuart Conrad y el ladrón del cuarto de millón, con el que se salvó de la quiebra, a costa de su empresa de seguros, Maxwell.

—Todo eso está muy bien, pero ¿por qué tendría yo que matar a Ormond?

—Por dos razones: para deshacerse de un compinche molesto que sabía demasiado sobre usted y al trabajar en el asunto de seguirme a mí, por orden de Dinah Jordan, que nunca supo que el ladrón del dinero era su propio esposo, se puso en contacto con usted, para llegar a un acuerdo, encontrar el dinero que suponían que ocultaba yo, liquidarme y quedarse con todo. Usted planeó entonces algo mejor: meterme en líos, obligarme a que buscara precipitadamente el dinero, conduciéndole hasta él, y entonces entregarme como presunto asesino a la policía, huyendo con todo el dinero. Usted no pensaba ni en sueños devolver ese cuarto de millón a la Ajax, sino que trabajaba por su propia cuenta, para quedarse con todo, Maxwell. Por eso le convenía que yo fuese acosado, pero que no cayera en manos de la policía.

—Según eso, ¿por qué mataría yo a Elmer Jordan, si ni siquiera sabía

que era él quien poseía el dinero?

—Porque usted terminó averiguando anoche, en sus pesquisas personales, que Jordan había salido de apuros con ese dinero, e imaginó el resto. Hoy fue a ver a Jordan y le exigió el dinero. Sin duda le sacó un talón bancario o algo así y luego le mató, yendo a cobrar ese dinero. He visto maletas en su coche, Maxwell. Usted se marcha de River City hoy. Señal que tiene ya el dinero con usted. No el de entonces, sino el que sonsacó ahora a Jordan con un chantaje, antes de asesinarle.

Estoy seguro que si buscamos en su coche, aparecerá el dinero procedente de la cuenta de Elmer Jordan.

—Nadie va a buscar ese dinero en ninguna parte —sonrió Maxwell, sacando una pistola provista de silenciador, con la que encañonó hacia mí resueltamente—. Me voy, sí. Me voy con ese dinero que pude sacar a Jordan. El maldito viejo me engañó. Nunca imaginé que hubiera sido él quien mató a Conrad y robó el dinero... He perdido el tiempo tratando de implicarle a usted y ayudarle luego a huir. Ya no me es necesario. Le mataré. Los muertos no hablan, Fisher. Pondré el arma en su mano y huiré.

—¿Cree que van a creer esa historia? Latimer sabe que estoy aquí con usted. Va a venir a arrestarme, acusado del asesinato de Jordan. Querrá saber dónde estaba usted cuando me suicidé. Y no se tragará una sola palabra de su historia.

—En ese caso, diré que le maté yo porque intentó asesinarme como a los demás al comprobar que yo quería ser honrado con mi empresa y conseguir ese dinero. Nadie va a culparme por matar a un presunto asesino. Será un caso claro de legítima defensa.

—Es posible. Pero no irá muy lejos, Maxwell. El teniente Latimer es un tipo muy listo.

Pronto conocerá la verdad e irá tras de usted, vaya adonde vaya.

—Veremos si me da alcance para entonces —rió cínicamente Maxwell—. Un cuarto de millón sirve para muchas cosas, Fisher. Debería usted saberlo. Ahora, buen viaje a la eternidad, amigo mío.

Iba a disparar sobre mí, y no podía evitarlo. Toda mi brillantez de investigador aficionado, iba a terminar así, estúpidamente, con una bala en la cabeza. Lejos, en alguna parte, sonaron agudas sirenas policiales, aproximándose al lugar.

La puerta de la habitación inmediata de mi *bungalow*, se abrió de repente. Una voz serena avisó;

—No dispare, Maxwell. Sería inútil por completo. Hay testigos de esta escena. No puede matarnos a todos, compéndalo...

Me quedé mirando con asombro a la puerta abierta. No sólo estaba en ella Betty Grayson, sino también otra muchacha joven, de pelo color ceniza, que parecía terriblemente asustada por todo aquello.

—¡Maldita entrometida! —rugió Maxwell, palideciendo intensamente—. ¿Qué diablos haces ahí? ¿Quién es esa otra chica que va contigo, Betty?

—Una compañera mía que también huye de Renzo Gazzara —sonrió Betty Grayson—.

Se llama Kay Douglas, y testificará conmigo sobre lo que ha oído hoy aquí, Maxwell.

—¿Pero cómo diablos os metisteis aquí? ¿Cómo sabías tú esto, maldita seas? —aulló el inspector de seguros, excitado.

—Recuerde que escuché su conversación telefónica de la pasada madrugada, desde el hotel —explicó la muchacha—. Eso, y una llave en el bolsillo de Jake, con el nombre de este motel, me hizo adivinar dónde sería la reunión. Lo cierto es que vine para ayudar a Jake a eludir a la policía si venía por aquí, pero antes de poder salir a sorprenderle con mi presencia empezaron ambos a hablar, y preferimos permanecer calladas, a la escucha.

Veo que valió la pena...

Los coches de la policía estaban cerca de allí. Miré a aquellas dos muchachas como una bendición del cielo.

—No sabes lo que te agradezco esto —dile, mirando tiernamente a Betty. Luego, le quité la pistola al petrificado Ralph Maxwell, y me volví hacia ellas—. ¿Por qué trajiste contigo a esa otra chica?

—Me la encontré huyendo de los garitos de Gazzara. Estaba asustada, porque se había negado a trabajar y los esbirros de ese tipo la buscaban por toda la ciudad para darle un escarmiento. A la pobre chica la obligaron a acostarse con diez tipos en una sola noche.

Está aterrorizada, harta de todo...

Kay Douglas sollozó, ocultando el rostro entre las manos. Los coches patrulla se detenían ya alrededor del motel, como si fuesen a ocuparlo militarmente. Maxwell parecía una piltrafa. Sabía que aquel doble testimonio le enviaría directo a la silla eléctrica.

—Vamos, Maxwell —ahora era yo quien le encañonaba con su propia pistola—. El teniente Latimer va a sentirse muy contento de tenerle cogido en el anzuelo...

Le empujé hacia la salida. Cuando aparecí con él en la puerta, los policías uniformados venían en tropel. Latimer les detuvo al verme armado.

—¡Quietos! —voceó—. ¡No disparen!

Y volviéndose hacia mí, añadió abrupto:

—Escuche, Fisher, ¿va a poner las cosas más difíciles?

—No, teniente —sonreí—. No vengo a resistirme a ustedes. Le traigo al asesino de Cyril Ormond y de Elmer Jordan, Ralph Maxwell es culpable. Lleva un cuarto de millón, que sacó bajo chantaje a Jordan antes de matarle, mediante un pago bancario, Y tengo dos testigos de su confesión de culpabilidad. ¿Qué decide, teniente?

—Llevarme a todos al Departamento —gruñó Latimer, aunque guiñándome un ojo—. A usted, a Maxwell... y a esos testigos. ¡Vamos, pronto, todos a los coches!

Le entregué el arma, recomendándole que la guardara como prueba. Era, sin duda, la que mató a Elmer Jordan aquella misma mañana. Latimer la envolvió en un pañuelo y no hizo comentario alguno.

Luego, emprendimos la marcha hacia el Departamento Central de Policía de River City.

EPILOGO

Renzo Gazzara fue detenido aquel mismo día, acusado de proxenetismo, prostitución y corrupción de menores: y muchas posibilidades de que, a través de la encuesta, terminase siendo acusado de diversos homicidios en muchachas desaparecidas de sus garitos. Estos fueron cerrados y precintados por la policía, y los clubs privados igualmente clausurados y sus socios requeridos judicialmente. El escándalo estallaba en River City en proporciones

ingentes.

Aquella misma noche, dimitía el alcalde Clinton Derek, y se suicidaban tres importantes hombres de negocios de la ciudad. Eso, según Latimer, era sólo el principio.

Empezaba, a sentirme un poco como el ángel exterminador de aquel cubo de basura llamado River City. Pero el papel no me gustaba. Libre ya de acusación alguna, y en vías de rehabilitación oficial por mi injusta condena de varios años en una penitenciaria, fue como si de repente hubieran quitado de mi espalda una pesada losa. Respiré con más facilidad y hasta el mundo me pareció mejor de lo que era.,

—Betty, creo que ha llegado el momento —le dije, apenas hubo prestado declaración ante el Fiscal del Distrito.

—¿El momento de qué? —me miró con asombro,

—De irnos a cualquier sitio, lejos de River City.

—¿De veras, Jake? —se sorprendió—. ¿Tú y yo?

—¿Quién, si no? —sonreí—. Recuerda que ese dinero que llevaba consigo Maxwell, ha sido devuelto a la compañía aseguradora Ajax. Van a darme la recompensa ofrecida, un veinte por ciento de ¡a cantidad recuperada. Eso significa cincuenta mil dólares, Demasiado dinero para mí solo, Betty.

—Pero Jake, no sabes nada de mí. Sólo de una noche en que el destino nos unió... Con ese dinero puedes aspirar a otra vida, a otra clase de chica...

—Pero te prefiero a ti. Y la vida contigo. Soy así de tonto —reí—. O así de listo.

Buscaremos un sitio donde haya campo, aire limpio, y no haya humo, niebla, basuras ni gente podrida. Un lugar tranquilo y hermoso, en alguna parte, ¿le gustará esa clase de vida, Betty?

—¡Oh, Jake!, a tu lado me gustará cualquier cosa. Pero, sobre todo, esa clase de vida —

me dijo, rodeándome con sus brazos y besándome en los labios—, Sin embargo, quisiera que estuvieses seguro de que haces lo mejor y...

—Yo siempre estoy seguro de lo que hago —sonreí, devolviéndole el

beso—. Soy un tipo, muy firme, ¿no lo sabías?

—No. Pero empiezo a darme cuenta de ello... —rió, volviendo a besarme todavía con más fuerza.

Y yo respondí a sus caricias. Cualquier hombre en mi lugar hubiera hecho lo mismo con una chica como Betty Grayson, ¡qué diablos!

F I N

¡AHORA sí es posible!
*Puede usted saborear de
nuevo las más apasionantes
e inolvidables novelas de*

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

*a través de una selección
que ofrecen las Colecciones:*

BISONTE Serie Roja

BISONTE Serie Azul

BUFALO Serie Roja

BUFALO Serie Azul

CALIFORNIA

SALVAJE TEXAS

COLORADO

KANSAS

HEROES DEL OESTE

CALIBRE 44

HOMBRES DEL OESTE

ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

